

EL TELÉGRAFO ESPAÑOL

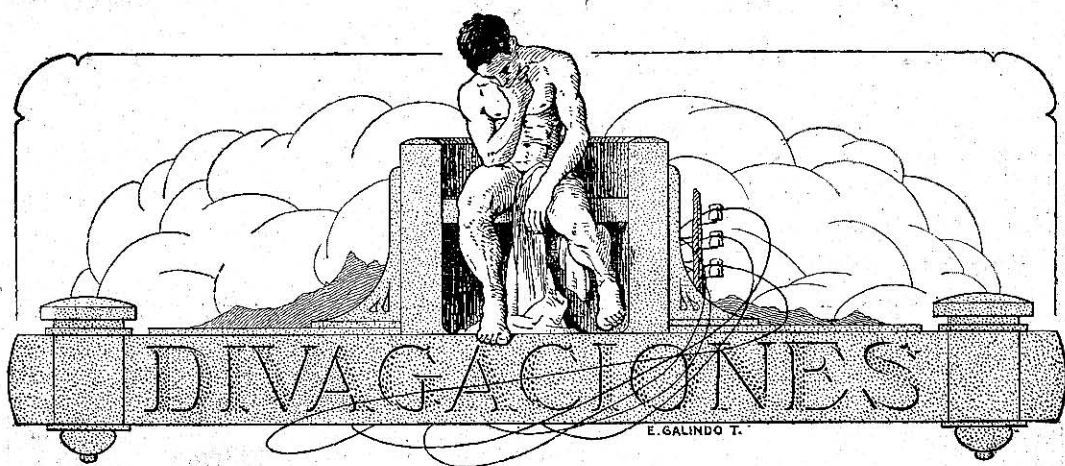
Año VII.- Núm. 65

REVISTA PROFESIONAL Y TÉCNICA, ILUSTRADA

Madrid, 15 enero 1922.



El ilustre jurisconsulto **D. Ramón Benavides**, que en la Audiencia de Barcelona defendió a nuestro querido compañero señor Sedano en el proceso que se le seguía por supuesto atentado a la autoridad, El señor Benavides pronunció un elocuente y sentido alegato que conmovió al auditorio y persuadió al Tribunal, consiguiendo un triunfo resonante y definitivo.



Ya están otra vez en danza la maleta y el maleta, dispuestos a anudar—y a terminar—la relación de sus andanzas, interrumpidas por el ya cerrado paréntesis.

Uno de mis deseos era el de poder entregar personalmente al hermano Miguel el importe de los mil primeros sellos vendidos de nuestro Colegio de Huérfanos, con algo más que pude arañar para nuestros chiquitines.

No tuve necesidad de ir yo a la montaña. La montaña vino a mí. Esa montaña ingente, que a impulsos de su fe, algo mayor que el grano de mostaza bíblico, se desarraiga y se planta en el mar. Vino a verme el hermano Miguel, y a honrarme con su fraternal abrazo. Habló; charlamos; de sus innumerables bolsillos extrajo toneladas de papeles: voces de adhesión, gritos de aliento, ayes de dolor, demandas de auxilio, felicitaciones de las más altas personalidades... Cartas, libreticas, apuntes, recibos... La biblioteca de Alejandría, que, por lo visto, se salvó de los furiosos igníferos de Omán.

Y aprovechando el primer punto y aparte, se estableció este diálogo:

—Por supuesto, vendrás a El Escorial.

—Iré a El Escorial, por supuesto.

—Has de ver aquello. Es preciso que veas aquello. Ya sé yo que tú no lo necesitas para mantener vivos tus entusiasmos por nuestra obra; pero debes ver aquello. Yo llevo allá a cuantos compañeros, ardorosos o tibios, caen en mis manos. El efecto es el mismo en todos. Ya lo verás.

—Ya lo veré; ya lo veremos; pero aunque es éste también uno de mis deseos y lo traigo en cartera, te advierto que debemos dejarlo para otra ocasión; tengo mis minutos contados; mi viaje es de horas; poco más que de horas...

—Mañana es domingo. Iremos mañana.

—Iremos, pues, mañana.

Y mañana fuimos.

Acompañábanos mi hija, a quien no quise privar de tan tierno espectáculo. Era para ella este viaje una peregrinación piadosa, una ro-

mería. Había que ir a dar gracias a Dios, en aquel modesto santuario del amor y de la piedad, por la merced, de valor sin límites, de haberla librado a ella de las sombrías amarguras de una prematura y desvalida orfandad. ¡Oh! ¡Aquel París sí que valía una misa!

De mañanita; en un tren abarrotado de gentes, con los primeros llenos de pasajeros *dignos* de figurar entre las víctimas de un descarrilamiento—según el dicho famoso—, salimos de Madrid... y comenzamos a deshacer, hilo por hilo, el ya voluminoso ovillo de nuestros recuerdos...

En días como aquél, esplendorosos, radiantes, del otoño castellano, llenos de juventud y de ilusiones, en paz el corazón, virgen aún y serena el alma, íbamos también a El Escorial, cuarenta años atrás, deudos y amigos que ya nos han dejado para siempre. No habían mis ya cansados ojos contemplado desde entonces el agreste paisaje que, como ayer, impasible, inmutable, eterno, una vez más se desarrollaba ante ellos, después de aquel suspiro de ocho lustros.

Acongojábame un poco mi pecho; temblaban mis párpados; asomaban a ellos mis lágrimas y sangraba íntimamente, calladamente, mi corazón...

Llegamos. Polvo, cuestas, calor. El Escorial. El Escorial de Felipe II, el de nuestra niñez, el de ayer, el de hoy, el de mañana. El Escorial de siempre, con su aspecto de osamenta de un mundo, cuya calavera enorme surge aún a flor de tierra, clavando en el infinito las miradas sin luz de sus cuencas vacías.

Cuesta arriba, cuesta abajo, cuesta en medio, desandamos parte del camino devorado por el auto y damos con el Colegio, instalado provisionalmente, como sabéis, en el convento de las madres Concepcionistas; algo blanco y azul que se desliza plácido entre el azul del cielo y las blancas polvaredas de la tierra. Un portaliño humilde, una puertecilla mínima. Frescura, limpieza, orden, pobreza sin miseria, paz.

Nos reciben, afables y corteses, la madre Superiora y una hermana. Descansamos un instante, y pasamos al jardín, en el que, celebrando con holgorios la festividad del día, gorjean las colegialas como inquietos pajarillos.

—¡Niñas—grita la Madre—, mirad quien está aquí!

Y suspendiendo sus juegos, refrenando sus carreras, ahogando sus voces, las niñas todas, como un bando de palomas, vuela alborozado hacia nosotros, y de las boquitas de aquellas hijas, ya sin padre, brota una sola palabra, que es para ellas el vocabulario entero de todos los idiomas del mundo:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Papá!...

Y acuden al hermano Miguel y lo estrechan, lo abrazan, lo besan, se asen a sus rodillas, se cuelgan de su cuello... y repiten constantemente:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Papá!...

Yo, torpe de mí, no acierto a describiros aquella inenarrable escena. Supe, sí, sentirla tan hondamente, que me rindió la emoción. Caí, convulso, sobre un banco. Toda mi vida, todas mis angustias, todos mis temores, todos mis insomnios, avivados por el pavoroso problema de la orfandad de los nuestros, de los míos, se agolpó en mi cabeza, golpeándome las sienes con rabiosas iras de vencido. Las palomitas continuaban, en tanto, su dulce arrullo, evocador para ellas de risas y de lágrimas, de alboradas de oro y de ocasos de sangre:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Papá!...

Comienzan las presentaciones. Mi hija va repartiendo entre las niñas paquetitos de almendras de *mi pueblo*; uno a cada una. Otra remesa igual queda en Madrid para los colegiales complutenses. Es una pequeñez que yo me esfuerzo en que sea muy grande, porque es un beso de amor el que con ella doy a todos.

Van presentándose las palomitas sanas, limpias, gruesas, alegres... La caridad de los que fueron hermanos de sus padres, ha oxeadado de sus frentecitas los nublados densos del desamparo y de la escasez. Tienen ya, *vuelven* a tener hogar, pan, instrucción, amor. ¡Es un bello amanecer, tras las llobregues de una noche de angustiosa pesadilla! La vida—¡oh pobre padrecito muerto!—torna a ser amable. Hay esperanza aún. Habrá un mañana... Un mañana en el que no creían ya muchas madres desventuradas, ciegas por los negros crespones de su viudez. «¡Amanecerá Dios, y medraremos!»

—Fulanita de Tal, hija de Fulano... De Fulano, ¿te acuerdas?

—¡Oh, sí, me acuerdo!... Un mocetón como un castillo, recio como un Hércules. El solo levantaba un Hughes... Arrancaba la muela que asían sus dedos... Ganaba entonces 15 duros al mes. Triplicaba su trabajo para doblarlos...

—Murió tísico.

—¿Tísico?

—Sí; se desnudió, se agotó, flaqueó el estómago, se consumió...

—¡Pobre muchacho!

—Esta nena es Zutanita de Cual, hija de Zutano... ¿Recuerdas?

—Sí. Un andaluz muy *salao*, siempre de buen humor... y siempre sin tabaco. Era un morsista formidable...

—Dejó ocho hijos. Hubo que echar un guante para enterrarlo. Como no tenía porvenir, no creía en lo por venir. No era socio de nada, ni de la de Auxilios mutuos, ni del Casino... A última hora, un amigo providencial lo hizo socio del Colegio... Esta es su hijita menor... La *potentada* de la familia... ¡Si pudiéramos recogerlas a todas!...

Y así, con semejantes epígrafes, ilustradores de estos aguafuertes goyescos, van desfilando las colegialas todas. Unas han traído sus ropitas. Aunque pobres, tienen madre aún. Otras han llegado con lo puesto, que se les caía a pedazos. Hay quien, lazarillo de un abuelo ciego, pedía limosna por las calles; quién vendía periódicos; cuál rondaba como perrillo vagabundo... Alguna procede del hospicio. No falta quien fué extraída de la inclusa... ¡Qué desolación!...

Arriba, en el soleado balcón, aparece tras los cristales la faz rojiza y abotagada de una pústula viva. Es una niña de catorce años que no ha florecido aún. Está aislada, porque sobre todos sus ajes, innumerables, tiene ahora el de la erisipela: esa horrenda enfermedad que ostenta la aureola de oro de ser vencedora del cáncer. Esta pobre niña es un detritus fisiológico... Su padre fué acaso un intemperante; su madre es una santa mujer; ella—la nena—está enferma siempre; acaso esté enferma siempre...

Sus tristes ojitos de huérfana, sus ojillos atacados por el mal, miran con resignación la escena del jardín. El hermano Miguel nos deja a todos y corre hacia ella. Hacia ella vuela la caridad. La acaricia, la consuela, la embroma... La niña ríe...—¡qué dolor más hondo produce la sonrisa de esta criatura!—, y confortada ya por el amor, nos saluda por señas y nos muestra gozosa el liviano paquetito de nuestro obsequio... ¡Señor! ¡Que amanezca también para esta hijita!...

Luego recorreremos las dependencias de la casa. Clases, dormitorios, lavabos, roperos... Todo pulcritud, todo orden, todo economía. Sólo falta en ellos—en todo ello—lo que nadie puede ya dar a estas criaturas, lo que el destino les arrebató para siempre. Fuera de esto, nada. Allí no falta nada. La escasez de medios acortará cantidades, y acaso calidades; pero en nuestro Colegio hay cuanto pueda ofrecer otro internado cualquiera. La falta no está dentro

de él. La gran falta está fuera. Y ésta va mitigándola, esfumándola, borrándola el gran aventador. El barredor de todo, lo mismo dolores que ilusiones: el tiempo compasivo; el más seguro bálsamo para cicatrizar heridas y para consolar penas; el gran aliado del rey grande que erigió la *octava maravilla*, cuya mole nos abruma con su sombra, aquel que dijo:

«El tiempo y yo, contra otros dos».

* * *

Imprecedera, indeleble, es la impresión que se recibe al visitar a estas criaturas. No creo que exista nadie, ni un solo telegrafista, que no abrigue con los calores de su corazón esta institución benemérita. Si alguno, más por terquedad disculpable que por dureza increíble, quedase por ahí, vaya a verlo. Si todas sus entrañas no palpitan de amor... y de arrepentimiento, serán «de bronce o peña». Aquí de la copla:

El que no sepa rezar
que vaya por esos mares,
¡y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie!

—¿No iremos a Alcalá?

—No; no puedo ir a Alcalá. Tú visitarás por mí a esos hijitos; llévalos todo mi cariño.

—¿Y «El Quinto»?

—¡No hay «quinto» malo!

—Pues el nuestro, ya lo verás; ¡va a ser el mejor de todos!

—¡Así sea!

* * *

Regresamos. Atestados los trenes, repletos los tranvías, henchido de gozo nuestro corazón. El día ha sido bueno.

Hermano Miguel: ánimo para continuar en la brecha. Ya oíste lo que te dijo la hermana portera:

—«¡Mándenos usted alguna niña más!»

Tenemos que trabajar para recogerlas todas. Para que no quede una sola huerfanita fuera del Colegio.

¡Qué grandes seremos entonces!

¡Qué grandes nos sentiremos entonces!...

Vicente Díez de Tejada

El Cuerpo de Telégrafos se halla sediento de justicia, demanda la condena estricta, severa, de los responsables, de aquellos que por su torpeza y por sus defectos ocasionaron el atraso, la desorganización y el abandono que en Telégrafos existe. ¿Qué corporación oficial no tiene también su pequeño Annual? Pedimos que las responsabilidades de todos los órdenes se hagan efectivas. Hasta hoy fueron tan sólo los funcionarios de ínfima categoría los que pagaron sus errores. De hoy en adelante es preciso, de urgente necesidad, que los altos jefes paguen también su tributo a la ley. Sea quien sea, independiente de categorías y de personas. Si unos y otros delinquieron, cometieron faltas que los reglamentos y las leyes generales del reino castigan, caiga sobre ellos todo el peso de la ley. Se impone una revisión de valores, una limpieza de los que se demuestre vendieron su alma al diablo por unas miserables pesetas. El prestigio corporativo exige que se sanee el ambiente de inmorales concupiscencias, si hay alguno que, inconcebiblemente, las haya cometido; de lo contrario, el baldón, la ignominia, la vergüenza, caerán sobre todos. Y si, por el contrario, después de aquilatar conductas no hubiera materia punible, hay que hacer una pública reparación de todos los que hoy tienen su decoro en entredicho. El historial honroso del Cuerpo de Telégrafos necesita esta actuación del hombre político que en la actualidad nos dirige.

na de los teléfonos más próxima al condensador «Billi». Las baterías se unen en la forma indicada en la figura. Para efectuar la recepción se ponen en cortocircuito los terminales *CD* y *EF*, se cierra el interruptor de batería S_3 , y se pone en cortocircuito el reóstato R_3 por medio del interruptor S_2 . La resistencia fija R_1 queda en serie con los filamentos de las tres válvulas. Se evitan mucho las interferencias por medio del reóstato R_2 , que obra sobre el filamento de los dos audiones primeros. Abierto el interrup-

tación que perturba se debilitan notablemente, siendo posible, sin embargo, la recepción de la estación correspondiente. En la figura 146 puede verse el amplificador de que nos ocupamos.

Uno de los amplificadores Marconi más conocido es el de siete válvulas, denominado por la casa constructora tipo 55. Pertenece a los amplificadores de transformador, pero también se utiliza en él la fuerza contraelectromotriz

producida en el primario del transformador, haciéndola obrar sobre la malla del siguiente au-

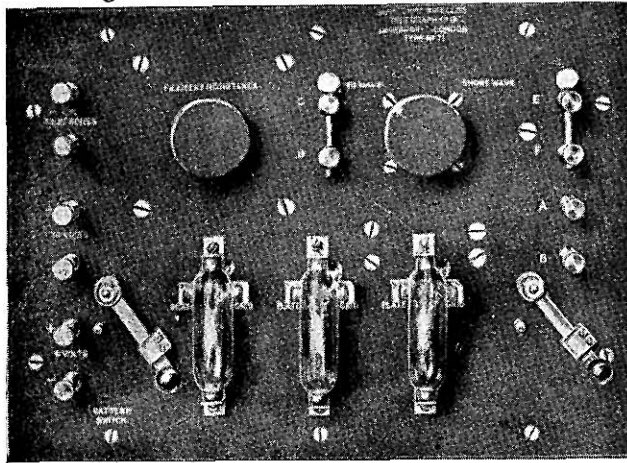


FIGURA 146.—Amplificador Marconi tipo 71.

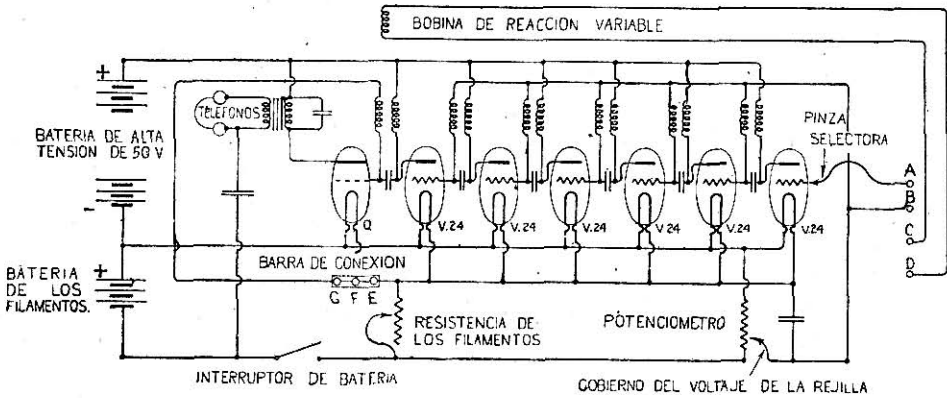


FIGURA 147.—Esquema del amplificador Marconi tipo 55.

tor S_2 , puede disminuirse a voluntad el brillo de dichos audiones, con lo cual se consigue debilitar algo las señales recibidas, y aun en el caso de recepción simultánea de estaciones de chispa con la misma longitud de onda, siempre se encuentra una posición determinada, para la cual, las señales de la es-

tación por medio de un condensador. Dicha disposición puede observarse en el esquema de la

figura 147. Las bornas *A* y *B* del amplificador se relacionan con el receptor en la forma representada en la figura 148. Las señales recibidas en la antena obran sobre la primera válvula tipo V-24, que las amplifica. Lo

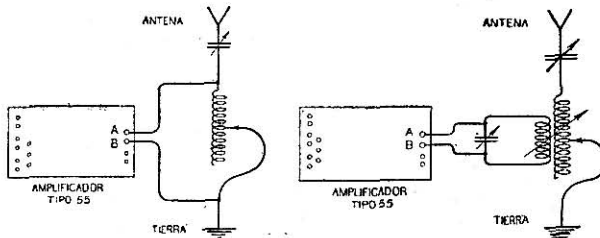


FIGURA 148.—El amplificador tipo 55 asociado con un receptor.

mismo hacen las restantes válvulas de igual tipo; y, por último, las señales obran sobre la malla

tan el empleo de un transformador apropiado para los mismos. Las baterías necesarias son:

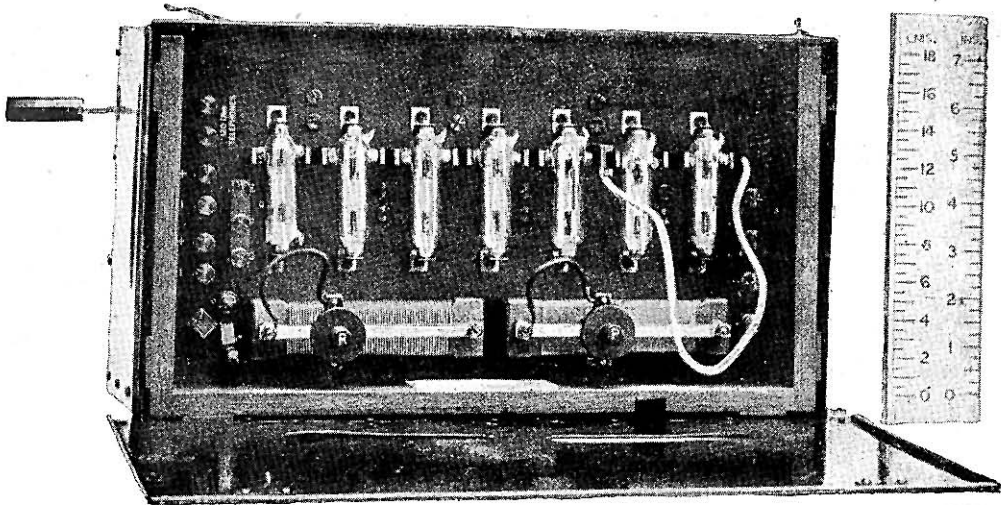


FIGURA 149.—Amplificador Marconi tipo 55.

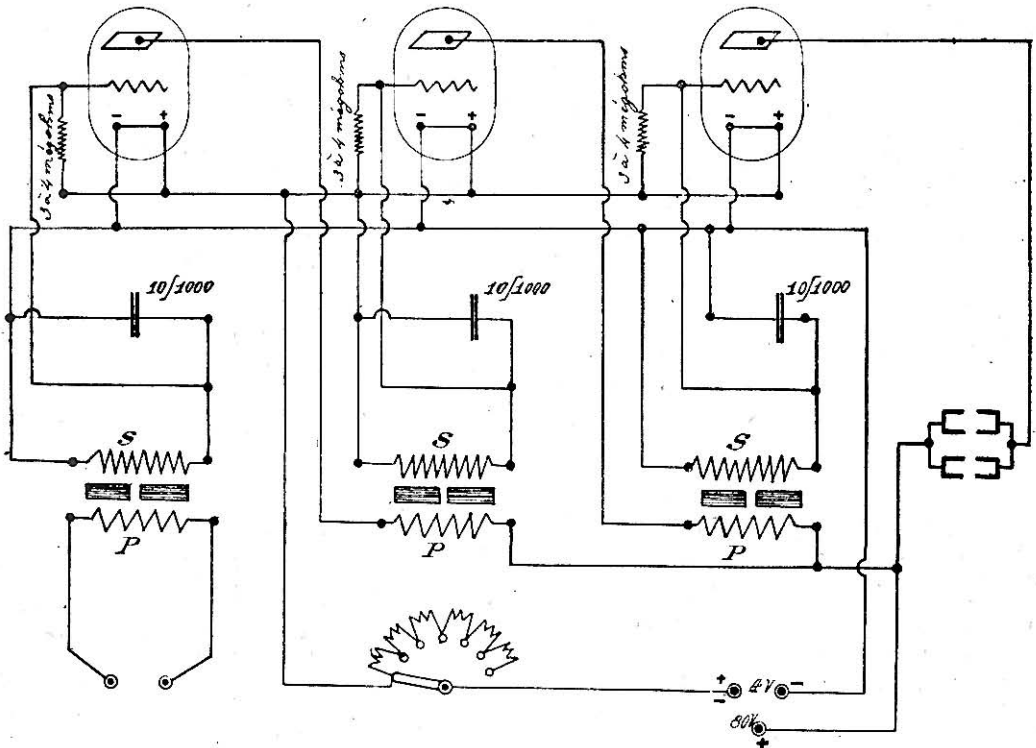


FIGURA 150.—Esquema del amplificador tipo B. F. R. de la Société Française Radio-Electrique.

de la válvula de tipo Q, que funciona como detectora. En su circuito de placa se disponen los teléfonos, que al ser de baja resistencia necesi-

una de seis voltios para los filamentos de todas las válvulas, y una de 50 para las placas. El brillo se regula simultáneamente para todas las vál-

vulas por medio de un reóstato. A fin de conseguir obtener un buen punto de funcionamiento para las válvulas amplificadoras, va provisto el aparato de un potenciómetro, que varía a voluntad la diferencia de potencial existente entre la malla y el filamento de dichas válvulas. La borina *A* comunica con una pinza que sirve para poner en circuito más o menos válvulas amplificadoras, según sea la fuerza de las señales que se trate de recibir. Entre *C* y *D* queda montada una bobina cuya posición respecto a los transformadores se puede variar, consiguiéndose de este modo que el amplificador genere oscilaciones locales, siendo posible en este caso recibir a las estaciones de onda continua. A voluntad puede dedicarse un reóstato que regule el brillo de la lámpara detectora independientemente de las otras. Dicha disposición se denomina por la Compañía, «de saturación». Al debilitar el brillo del filamento se debilitan las señales, consiguiendo así seleccionar, aun en el caso de estaciones que trabajen con la misma longitud de onda. El amplificador tipo 55 puede ser empleado con antenas de cuadro o con antenas ordinarias. Se construye para longitudes de onda comprendidas entre 300 y 1.000 metros, de 500 a 3.000 metros, y de 1.500 a 12.000 metros.

En la figura 149 se da una vista del aparato. El reóstato *R* permite regular el brillo de los filamentos, y el *P* modifica el potencial de la malla en las válvulas amplificadoras y, como consecuencia, la fuerza de las señales.

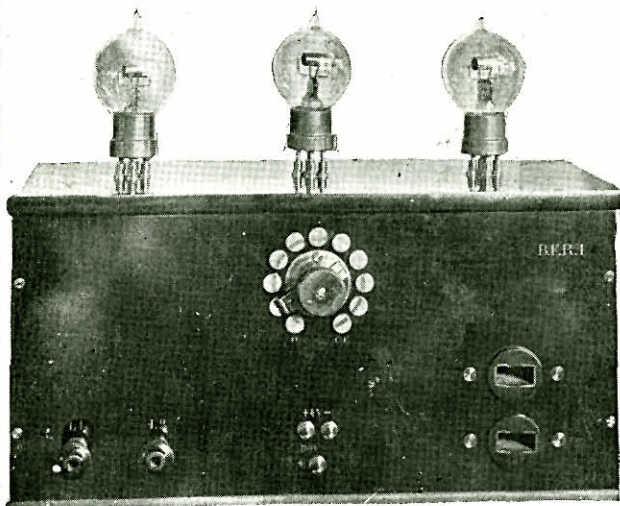


FIGURA 151.

Amplificador de baja frecuencia y resonancia tipo B. F. R.

cas una de pilas secas o acumuladores de 80 voltios. Entre los amplificadores de baja frecuencia, o sea para amplificar las corrientes una vez transformadas convenientemente por el detector, construye uno provisto de tres audiones y denominado tipo A. 3, el cual puede utilizarse como amplificador con tres grados de amplificación, tanto para corrientes radiotelegráficas, como para corrientes telefónicas ordinarias. Puede usarse también una lámpara como detectora y las otras dos como amplificadoras de baja frecuencia. Los diferentes cambios se efectúan con facilidad por medio de un conmutador y un juego de bornas. Un amplificador de baja fre-

Esta Compañía fabrica diferentes tipos de amplificadores radiotelegráficos, empleando transformadores adecuados según el objeto a que se destinen dichos aparatos. Para los filamentos emplea una batería de acumuladores de 4 voltios y para las placas una de pilas secas o acumuladores de 80 voltios. Entre los amplificadores de baja frecuencia, o sea para amplificar las corrientes una vez transformadas convenientemente por el detector, construye uno provisto de tres audiones y denominado tipo A. 3, el cual puede utilizarse como amplificador con tres grados de amplificación, tanto para corrientes radiotelegráficas, como para corrientes telefónicas ordinarias. Puede usarse también una lámpara como detectora y las otras dos como amplificadoras de baja frecuencia. Los diferentes cambios se efectúan con facilidad por medio de un conmutador y un juego de bornas. Un amplificador de baja fre-

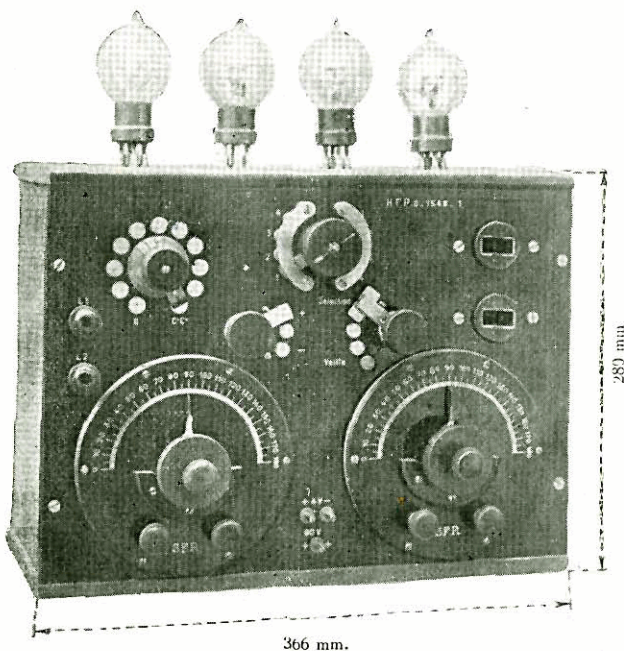


FIGURA 152.

Amplificador de alta frecuencia y resonancia tipo H. F. R. O.

cuencia con circuitos sintonizados se representan en la figura 150. Lo integran tres audiones

las ranuras de la derecha se conectan los teléfonos. En el caso de recibirse estaciones de

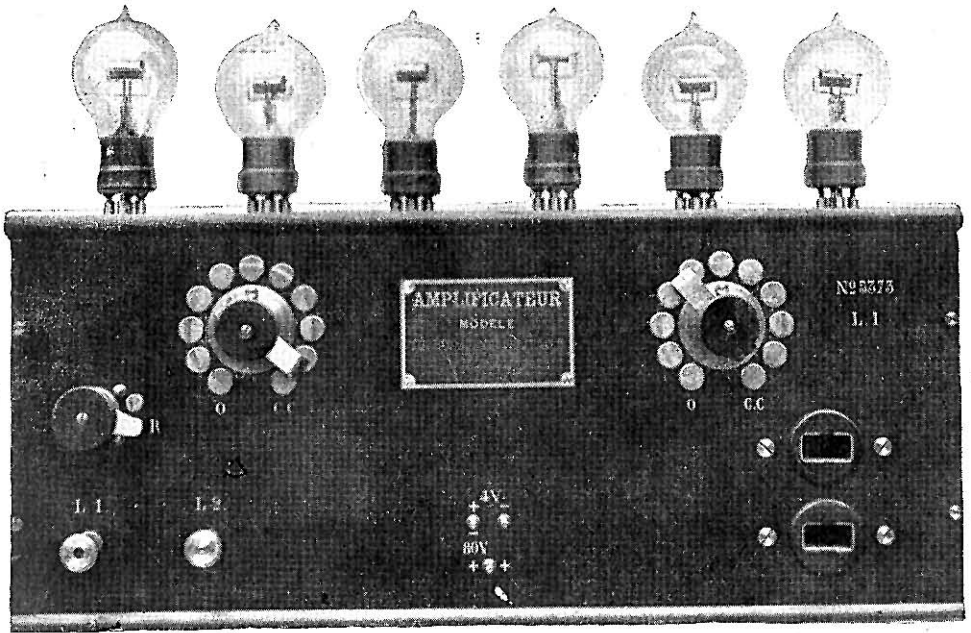


FIGURA 153.

Amplificador de alta y baja frecuencia tipo L-1.

relacionados convenientemente por medio de transformadores, cuyo circuito secundario está shuntado por un condensador, a fin de que quede sintonizado para una longitud de onda de unos 800 a 1.200 metros. Las mallas se unen a la parte positiva de los filamentos por medio de una resistencia de 3 a 4 megohmios. La única regulación del aparato es la del brillo del filamento, por medio de un reóstato. En la figura 151 puede verse el conjunto del aparato. A las bornas de la izquierda se une el receptor, al centro van las dos baterías y a

onda continua y hacer uso de una heterodina se consiguen unas señales muy fuertes en el momento que las pulsaciones provocadas en el circuito receptor tienen una frecuencia igual a la que se halla sintonizado el amplificador.

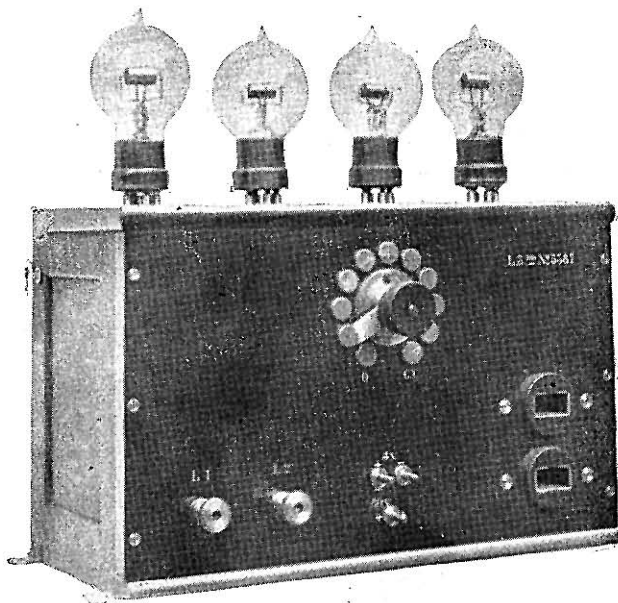


FIGURA 154.

Amplificador de alta y baja frecuencia tipo L-3 bis.

Amplificadores de alta frecuencia y sintonizados construye varios tipos. Los condensadores son variables, lo que permite la sintonización para ondas comprendidas entre 200 y 5.500 metros en el tipo H.F. R. O. (fig. 152). De las cuatro lámparas que lleva, dos se emplean para la amplificación en

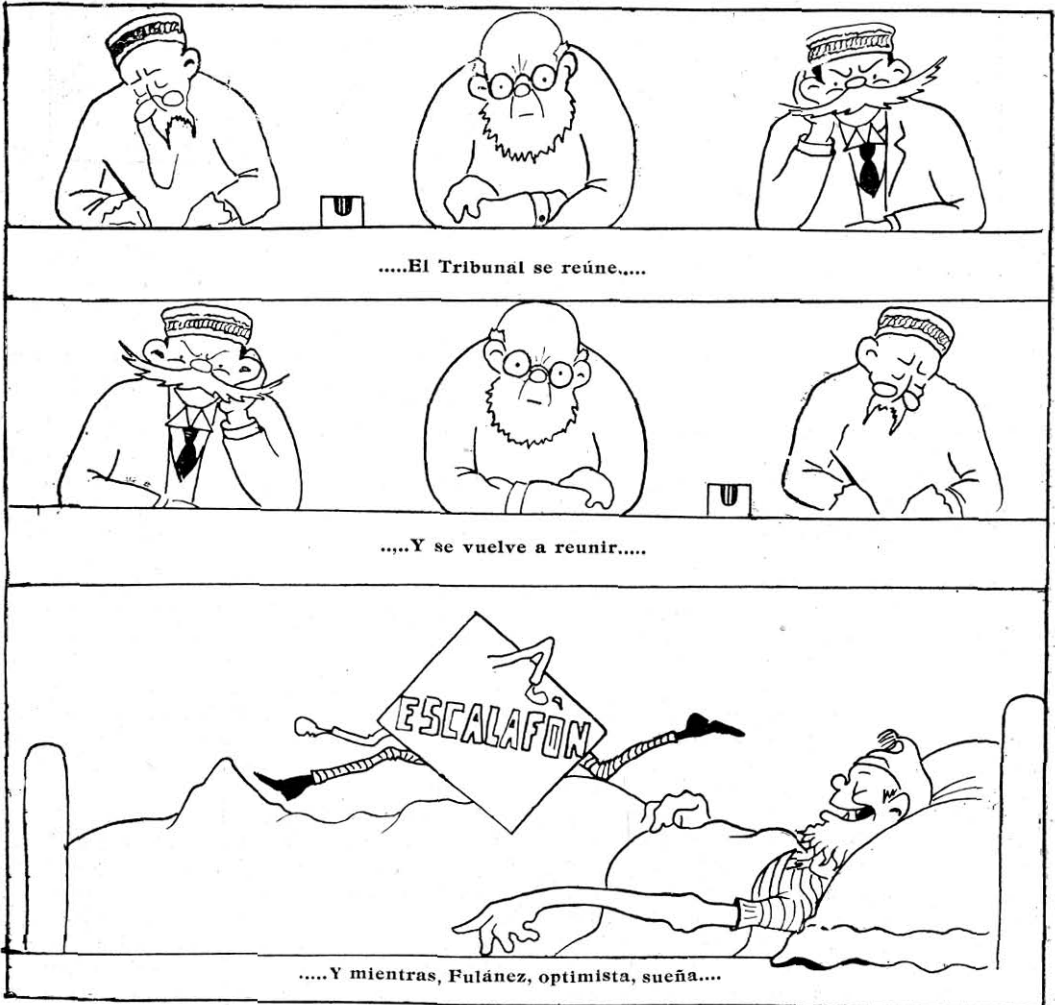
alta frecuencia; la tercera es detectora, y la cuarta, *amplificadora en baja frecuencia*. Otro tipo semejante al precedente, el H. F. R. 2, permite la recepción, de señales entre 2.500 y 24.000 metros, teniendo tres lámparas amplificadoras y otra detectora. Para conseguir un margen tan elevado en las longitudes de onda, recurre al artificio de poner el condensador variable en el primario de los transformadores para las ondas cortas, y en el secundario para las largas.

En la figura 153 puede verse otro amplificador con seis audiones. Tres lámparas se destinan a la amplificación en alta frecuencia: una es detectora, y las dos restantes son amplificadoras de baja. Permite la recepción de señales entre 1.000 y 15.000 metros de longitud de onda.

Por medio de una disposición especial se ha conseguido, en los amplificadores tipo L. 3 bis (figura 154) que, con sólo 4 audiones se obtenga una amplificación de tres grados en alta y en baja frecuencia. Con transformadores especiales se consigue que, una vez las señales han sido amplificadas en alta, pasen a la lámpara detectora, y de ésta vuelvan otra vez a las lámparas primeras para ser nuevamente amplificadas en baja frecuencia. Recurriendo a la asociación de suficiente número de amplificadores, ha llegado la Société Radio-Électrique a construir receptores para los cuales no precisa ni antena ni cuadro alguno.

Rufino GEA Y SACASA

LOS TRIBUNALES DE HONOR, por Sedano.



PLÁTICAS

DEL DOCTOR



E. GALINDO

V

El cerebro.

Es éste el órgano cumbre del organismo humano. Alojado en la cavidad craneal y ocupando la parte más elevada del cuerpo, como queriendo dominarlo, su gran tamaño y delicada estructura indican la importancia de la función que ejerce.

Desde los tiempos más remotos la Humanidad se ha percatado del gran valor que el cerebro tiene en la economía, no faltando épocas ni autores que le han considerado como el mismo asiento del alma y como órgano invulnerable, es decir, incapaz de sufrir la más mínima perturbación sin producir la muerte.

A la luz de las modernas investigaciones no pierde el cerebro su jerarquía orgánica ni su importancia funcional, aunque ambas se conciban de modo distinto a como se concebían antes. Debemos a Cajal, el eminente histólogo español de todos conocido, los datos más fehacientes que poseemos de la estructura de este órgano.

El cerebro tiene la forma de un hemiovoide aproximadamente, y está constituido por una corteza de substancia gris, *plisada* de modo que en vez de ser lisa da lugar a una serie de elevaciones y de presiones, denominadas, respectivamente, *circunvoluciones* y *surcos*, y por un interior de substancia blanca, rellena de núcleos de substancia gris, al parecer aislados, pero que en realidad no lo están, entre los que descuellan el *tálamo óptico* y los núcleos *caudal*, *oval*, *lenticular*, de Bechterew, etc.

Los anatómicos conocen perfectamente la forma y distribución de todas las circunvoluciones y su relación precisa con la superficie exterior del cráneo, en la que pueden dibujar su proyección geométrica; pero aquí no podemos entretenernos en describirlas. Baste decir que el hemiovoide cerebral está segmentado en dos hemisferios perfectamente simétricos, uno derecho y otro izquierdo, unidos por una parte de substancia blanca llamada *cuerpo calloso* en su parte media y por la confluencia de los pedúnculos cerebrales en la protuberancia en su cara inferior; que cada uno de estos hemisfe-

rios se divide en varios *lóbulos* por los surcos más profundos o de primera categoría (*lóbulos frontal, parietal, temporal, occipital y paracentral*), y éstos a su vez

en las distintas circunvoluciones por otros surcos más pequeños. Es como si la superficie cerebral estuviera arrugada, plegada sobre sí misma para ocupar el menor espacio posible.

Las circunvoluciones de la substancia gris están constituidas por varias capas de células nerviosas de estructura complicada; de algunas de estas células parten cilindro-ejes o fibras que marchan a la substancia blanca central, a la cual forman, donde se unen con otras procedentes de otras regiones, para penetrar en los núcleos grises centrales (los que hemos citado como colocados en el interior de la substancia blanca). Allí se ponen en relación con otras células, las que originan nuevas fibras, que van a parar al bulbo y médula o al cerebelo. En cambio, hay otras células en las circunvoluciones a las que, de un modo inverso a las anteriores, van a parar fibras procedentes de los núcleos grises centrales y de todo el organismo a través de médula y bulbo. Finalmente existen células que con sus prolongaciones ponen en relación las primeras con las segundas, y otras que constituyen el sostén o armazón de toda la corteza (*neuroglia*).

Los núcleos grises centrales son acúmulos de células nerviosas interpoladas en el trayecto de las fibras que van o vienen de la corteza, a la manera de las subestaciones intercaladas en las líneas eléctricas de gran recorrido para mantener igual la tensión en toda la línea y distribuir la corriente para su consumo. Como hemos apuntado, son muchos y cada uno tiene su función particular.

La substancia blanca, como en los demás centros nerviosos, está constituida por haces de fibras que marchan en todos los sentidos imaginables, para poner en relación las distintas partes de la corteza con todo el organismo, ya directamente, ya a través de las células nerviosas intercaladas en todo el trayecto de bulbo, protuberancia, cerebelo, médula y ganglio, que

ya conocen mis lectores. Teniendo esto presente, se comprende que la corteza cerebral es el punto final de la trayectoria de las corrientes nerviosas centrípetas y el inicial de las centrifugas. Es la Dirección general de Comunicaciones del organismo, de donde parten las órdenes más superiores y adonde llegan las noticias más importantes; es el alto mando del ejército orgánico; el órgano que da la norma general de las funciones.

Aparte del mecanismo general de la función nerviosa, ¿qué funciones especiales tiene el cerebro? Fijémonos en que los órganos centrales del sistema nervioso intervienen en la ordenación metódica de todas las funciones orgánicas; pero a medida que estas funciones son más elevadas, es decir, tienen más relación con la influencia mutua o recíproca del organismo con el mundo exterior, toman parte en su ordenación elementos nerviosos también de mayor categoría. Por ejemplo: así como para dirigir los movimientos del intestino en la fase intestinal de la digestión basta con la actuación del gran simpático, y para la sensibilidad táctil con la de la médula, para las grandes funciones en conjunto (respiración, circulación, digestión) hace falta la intervención de los núcleos bulbares, y para las que necesitan de la conciencia o subconciencia (motilidad general, sensaciones sensoriales) hay que acudir ya al cerebro.

Parece que esto sucede como si el cerebro, supremo director del organismo entero, se desprendiera de algunas de sus prerrogativas, delegándolas en los centros inferiores, aunque conservando la alta inspección de ellos (motilidad y sensibilidad generales, nutrición, reproducción), pero reservándose en absoluto la dirección de los sentidos de orden superior (oído, vista), que por su especial arquitectura son los que más importancia tienen para el conocimiento del mundo exterior y, por tanto, para el desarrollo de las más altas regiones del pensamiento y de los movimientos de conjunto (de la cabeza, del tronco, de las extremidades, juntos o separados), que tan complicados son y tan necesarios para la estabilidad del organismo y su defensa contra los agentes vulnerantes.

Por eso van a parar a la corteza todos los cabos de la trama de las grandes neuronas superiores, y por eso las neuronas sensoriales, como la vía nerviosa óptica, entre otras, no salen del cerebro, en cuyos núcleos grises centrales se ponen en comunicación con otras vías nerviosas, cuyo concurso necesitan (motores del ojo en el caso de la vía óptica, etc.).

Esbozamos al principio la idea de que la Humanidad se ha fijado siempre en el cerebro, dándole la importancia que realmente tiene, no obstante las obscuridades reinantes en el conocimiento de sus funciones. No tenemos por qué

seguir la evolución de este órgano en la serie filogénica, para hacer consideraciones de orden teleológico; sólo pretendo, como saben mis lectores, moverme en el terreno de lo práctico con miras pedagógicas. Por eso me basta con recordar que el cerebro ha sido considerado como el asiento del alma, como el *primum movens* orgánico, y como el laboratorio organizado del pensamiento y de todo el mundo psíquico, según las creencias o doctrinas filosóficas del autor, que las hay para todos los gustos.

Gall fué el que primero ideó una completa doctrina de las localizaciones cerebrales, para lo cual dividió la corteza en una serie de departamentos, a la manera de como están las diversas provincias en el mapa de una nación, a cada uno de los cuales atribuyó la presidencia de una función psíquica o física distinta; y así, habría una zona de la música, de la poesía, del movimiento, de la mímica, del amor, etc.; es decir, que la corteza cerebral estaría dividida, según Gall, en tantas zonas como actividades psíquicas o físicas puede tener el organismo. La distribución de estas zonas era completamente arbitraria, tan falta de fundamento como la teoría, y no vale la pena de recordarla porque a nada conduce.

El estudio microscópico de cortes cerebrales dados en todos sentidos; la aplicación de los métodos de coloración tan perfectos que hoy existen; las autopsias repetidas de cadáveres de enfermos de cerebro y de heridos del mismo órgano, han conducido a los biólogos a la siguiente concepción del funcionalismo cerebral, que procuraré explicar concisamente, pero con toda claridad.

Existe, efectivamente, algo de eso que podemos llamar *localizaciones cerebrales*. Pero no son éstas las zonas que tan arbitrariamente trazara Gall, sino que son extensiones de corteza cerebral, de límites poco o nada precisos, que se continúan con las vecinas sin más limitación que la que le dan los trayectos de las fibras nerviosas que de ellas parten, y que presiden aspectos diversos y funciones distintas del organismo (conjunto de funciones de un aparato o sistema; circulación y respiración; motilidad; sensaciones generales y sensoriales). Hasta la fecha son muy pocas las localizaciones conocidas y bien delimitadas, ocupando una extensión relativamente corta de la corteza.

Una de ellas es la llamada *zona motriz*. Suponiendo dividido el cuerpo humano por un plano sagital imaginario en dos mitades iguales, derecha e izquierda, todos los movimientos de una de estas mitades (excepto la cabeza, que goza de inervación especial también presidida por el cerebro, pero en otra zona) son presididos por las células de la corteza de las circunvoluciones frontal y parietal ascendentes,

del lado opuesto; las fibras nerviosas procedentes de estas células pasan de la corteza a un sitio de la substancia blanca cerebral llamada *cápsula interna*, formando un compacto haz que sale de allí para distribuirse a través del bulbo y de la médula (*haz piramidal*) por los varios nervios correspondientes.

Dicho se está que si un sujeto recibe un traumatismo o sufre una lesión que se localice en una parte limitada de la *zona motriz*, quedará paralizado de los miembros correspondientes por *falta de estímulo nervioso* en estos miembros, y si se trata de una lesión que seccione por completo el haz de fibras procedentes de esta zona de corteza, la parálisis será de todo el medio cuerpo correspondiente, por haber éste quedado *aislado* de su zona córticocerebral. Esto es, precisamente, lo que ocurre en esos desgraciados enfermos, a los que oíréis diagnosticar de *hemorragia*, *embolia* o *reblandecimiento cerebral*, y que marchan por el mundo con sus cuerpos medio paralizados (*hemipléjicos*, como decimos los médicos), es decir, con la *pierna* y el *brazo* del mismo lado imposibilitados para moverse. Recordad lo que decía en mi plática anterior acerca de la *decusación* de las fibras nerviosas, es decir, de su cruzamiento a nivel del bulbo o de la médula; así os daréis cuenta de que parálisis del *lado derecho*, por ejemplo, significa lesión del *hemisferio cerebral izquierdo*, y viceversa.

Otra localización bien conocida es la óptica, situada en los alrededores de la llamada *cisura calcarina*, en la parte posterior u occipital del hemisferio cerebral. La destrucción de esta zona lleva aparejada la ceguera por imposibilidad de la percepción luminosa transmitida a ella por la vía óptica correspondiente.

Otra es la del lenguaje, situada en el pie de la tercera circunvolución frontal izquierda o circunvolución de Broca, cuyas lesiones ocasionan la *afasia* o pérdida de la facultad de hablar, por perder el enfermo la noción inconsciente de los *movimientos necesarios* para pronunciar y articular las palabras.

Aunque hay algunas más conocidas (zona del oído, del olfato, del gusto) y otras a medio conocer, es lo cierto que ocupan una extensión relativamente corta de la corteza, por lo que resulta una incógnita la función de la mayor parte de ésta; no sabemos para qué sirve; tolera los mayores excesos y se muestra *muda*, es decir, indiferente a la acción de los más diversos estímulos, como el trauma, la electricidad, el veneno, etc..

Habrán ustedes oído hablar de heridos por arma de fuego con el cerebro atravesado de parte a parte, y que se pasean tan tranquilos una vez curados. Es que el cerebro, en general, es muy tolerante por aquello mismo de la dife-

rente actuación de sus varias partes en el resto del organismo; lo contrario de lo que pasa con el bulbo, que por ser el *nudo* de las comunicaciones todas del organismo con cerebro y cerebelo, y por presidir las grandes funciones de la nutrición en conjunto, no permite la menor interrupción en su servicio.

En cuanto a las funciones de los núcleos grises centrales, parece ser que éstos representan el papel de la médula en las neuronas sensoriales (vista, oído, gusto, olfato) y en la motilidad y sensibilidad generales de la cabeza, es decir, *son el primer tramo de la escala de directores nerviosos* de estas neuronas.

Pero, ¿y aquello del cerebro como órgano del alma? Con la mayor sinceridad repito la cita del personaje de *La prisa* que hice en mi plática anterior: de esto *no se sabe nada*. El alma humana es un ente de razón en el que creo porque lo necesito para explicarme eso que llamamos *mundo psicológico*, y que me sería muy difícil atribuir a simples reacciones de orden fisicoquímico, por muy *coloidales* y *ultra-coloidales* que fueran.

Sospechan los fisiólogos que la parte anterior del cerebro, la que forman los llamados *lóbulos frontales*, es la encargada de presidir las funciones psíquicas del hombre; es, como si dijéramos, el *asiento del alma*, o el sitio donde radica aquel *nexo* que, según Hipócrates, unía al alma con el cuerpo, y, por tanto, que a la corteza de estos lóbulos van a parar los hilos más delicados y superiores de la complejísima trama nerviosa.

Pero es lo cierto que el estudio detenido de cerebros de locos y de fallecidos a causa de tumores y otras lesiones de estas partes cerebrales, no arroja mucha luz en tan intrincadas cuestiones, y si bien la atrofia total del cerebro conduce a la imbecilidad y al idiotismo, *no podemos explicarnos el mecanismo íntimo* de esto, no faltando casos en que una *destrucción casi total de los lóbulos frontales* ha sido compatible con la integridad de la razón en los poseedores de estas lesiones, comprobadas en la autopsia, mientras que otros la perdieron sin tener en sus cerebros nada anormal, por lo menos *apreciable con los medios de observación* de que disponemos.

Cuestiones son éstas que apasionan a fisiólogos y filósofos desde los tiempos más remotos; pero a las que todavía no podemos dar solución satisfactoria en el campo de las ciencias de observación y experimentación. Tal vez andando los tiempos se despeje esta tenebrosa incógnita.

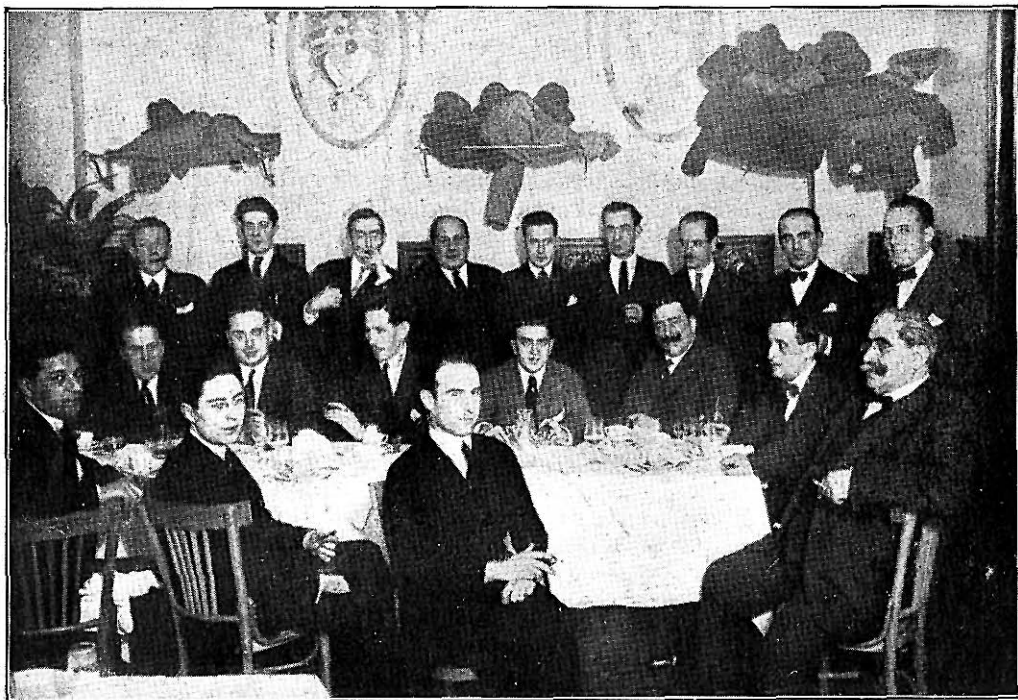
Esperemos antes de buscar la solución a que los histólogos, pacientemente, digan su última palabra acerca de la estructura del cerebro, para lo cual falta bastante tiempo todavía.

Dr. Eduardo TELLO

ACTO SIMPÁTICO

El día 23 del mes pasado tuvo lugar en Barcelona un banquete, con el que numerosos funcionarios de aquel Centro celebraron el feliz resultado de la causa seguida contra nuestro querido amigo y distinguido colaborador don José Sedano, por un lamentable incidente de

caracterizado de los telegrafistas que asistían al acto, le cabía el honor de ofrecer el banquete, como justo homenaje de los compañeros de Sedano, al notable jurisconsulto don Ramón Benavides, cuya brillantísima defensa fué el cable salvador que arrancó del banquillo a



Los compañeros de Barcelona ofrecieron un banquete a nuestro simpático amigo señor Sedano, por haber salido absuelto del grave proceso judicial que se le seguía. Asistieron el abogado señor Benavides, el jefe de Telégrafos señor Herreros y gran número de telegrafistas.

carácter personal ocurrido con un sargento de Seguridad.

El acto, no obstante su improvisación y la rapidez con que hubo necesidad de organizarlo, por tener que salir el señor Sedano para Madrid al día siguiente, vióse muy concurrido, asistiendo al mismo, invitados por los organizadores, el notable y conocido letrado don Ramón Benavides, que actuó de defensor en la causa de Sedano, y su pasante y secretario particular don José María Ovejero.

Al descorcharse el champagne, el Jefe de Sección don Felipe Herreros pronunció sentidas frases, diciendo que por ser el más viejo y

un compañero para reintegrarlo a nuestros brazos.

«Hombres como éste—añadió aludiendo al señor Benavides—son los que el mundo necesita.»

«Ante la grandeza de alma del señor Benavides—siguió diciendo el señor Herreros—acude a mi mente el recuerdo del hermano Lara, ese hombre bueno a quien bien puede considerarse como el primer huérfano, y digo huérfano porque le falta la asistencia de un veinte por ciento de sus compañeros para ayudarle en su noble empresa de laborar por el engrandecimiento de nuestro Colegio de Huérfanos.»



Foto. Alfonsc.

El saludísimo e ingenioso caricaturista de EL TELÉGRAFO ESPAÑOL, don José de Sedano y Flórez, que por los desmanes y atropellos cometidos con él por un guardia de Seguridad en las calles de Barcelona, se vió envuelto en una causa judicial, en la que se consumieron cientos de kilos de papel en los dos largos años que duró el proceso y que pudo finalizar dando con sus ya maltrechos huesos en la cárcel, desde donde se proponía seguir deleitando a nuestros lectores. La Justicia nos lo devuelve hoy a esta casa, limpio de todo pecado y de toda culpa. Sus amigos, los que con él compartimos las amargas incertidumbres de la esperada sentencia, tomamos parte ahora en las alegrías del triunfo y lo celebramos como propio.

También dedicó el señor Herreros un sentido recuerdo a nuestro Rafael Carrillo, el ilustre y malogrado director de EL TELÉGRAFO ESPAÑOL, uno de cuyos hijos ha encontrado amoroso amparo en nuestro Colegio. «Hagamos voto—continuó el señor Herreros—porque las dos primeras firmas de este huérfano, al salir del Colegio, las ponga, una en la nómina del Cuerpo, y otra en las páginas de EL TELÉGRAFO ESPAÑOL.»

Terminó el señor Herreros abrazando en nombre de todos al señor Benavides, entre los aplausos de los concurrentes.

El señor Benavides se dispuso a hablar, siendo saludado con una prolongada y cariñosa ovación.

En párrafos elocuentísimos, el señor Benavides comenzó saludando en los allí reunidos al Cuerpo de Telégrafos, gloria de la Administración española, y dando las gracias por el acto con que se le honraba. Dijo que aceptaba aquella manifestación de los telegrafistas, no como un homenaje a su persona, sino como una demostración de la alegría que los compañeros de Sedano, su defendido, siempre nobles y caballerosos, sentían al ver reintegrado al seno de la corporación, libre ya de todo peligro, al compañero perseguido. «Y siendo ésta, porque no debe ser otra—añadió modestamente el señor Benavides—la significación de este acto, yo me asocio a él como un telegrafista más, con toda la efusión cariñosa de mi alma.»

«Así, pues, yo os ruego que me consideréis en estos momentos, no como el abogado defensor del señor Sedano, sino como un compañero más que viene a compartir con vosotros, unido fraternalmente a vosotros, el justo y natural regocijo que hoy reina en vuestros corazones.»

«He dicho antes—añadió el señor Benavides—que me consideraseis como un compañero más, y añado ahora que al hacerlo así, al dispensarme este honor, no haréis otra cosa que corresponder; pues sabed, amigos míos, que compañero de Sedano, más que abogado, me sentía yo al defenderle, ya que siendo yo, además de abogado, jefe de Negociado de Gobernación, me sentía ligado a él por el vínculo de

nuestro común origen. Si somos, pues, hijos de una misma madre, ¿qué de particular tiene que existan entre nosotros y nos ligen fraternalmente los lazos de la consanguinidad, aunque ésta sea moral?»

«De aquí que si algún mérito habéis creído ver en mi actuación en el caso Sedano, no lo busquéis en mi ciencia jurídica: buscadlo en las fibras de mi corazón, ya que de él es de donde salía a borbotones el sentimiento de amargura, de dolor y de protesta por la desdicha que injusta e implacablemente se cernía sobre el compañero Sedano.»

«Puedo aseguraros que ha sido la de Sedano una de las causas que menos he estudiado. Me bastaba con sentirla, y la sentí como propia, con toda la intensidad de mi alma, desde el primer momento. Muchas horas de estudio, de meditación y de consulta no hubieran prestado a mis palabras aquel acento de pasión, de noble y sincero arrebato, de íntimo convencimiento, que la improvisación arrancaba a mi alma, herida por el doloroso cuadro que ofrecía Sedano, el compañero digno, culto y honrado, sentado en el infamante banquillo como un vulgar malhechor.»

Terminó el señor Benavides reiterando sus frases de consideración y cariño hacia el Cuerpo de Telégrafos, «el cual—dijo—, entre otros muchos méritos, atesora la hermosa e inapreciable virtud de un acrisolado compañerismo».

El elocuente discurso del señor Benavides fué coronado con una estruendosa salva de aplausos.

Por último, el compañero Sedano, visiblemente emocionado, dió las gracias a todos por las muestras de cariño que recibía y que eran una prueba más del fervoroso culto que el Cuerpo de Telégrafos ha rendido siempre a los sentimientos de unión y hermandad que tanto le enaltecen.

Tuvo también Sedano frases muy expresivas de sincero afecto y gratitud para el señor Benavides, a quien abrazó efusivamente, terminando así tan simpática fiesta, que transcurrió en medio de la más franca y cordial camaradería.



UNA OPINIÓN AUTORIZADA

Al discutirse en la Asamblea el Reglamento para el Colegio de Huérfanos, primero, y en algunos trabajos después, se ha puesto sobre el tapete el asunto de la organización de las enseñanzas del Colegio.

Durante unos veinticinco años he sido profesor de primera y segunda enseñanza, con *ciento sesenta alumnos* en la primera. Soy, por lo tanto, competente para opinar, y lo soy con mucha mayor razón porque no he aspirado ni puedo aspirar a ningún cargo. Soy ya viejo para trabajo tan rudo.

Cuando al niño se le enseña bien, cuando el local y el material son buenos, cuando *comprende* lo que le enseñan, no siente ese horror a la enseñanza que el vulgo ignaro le atribuye; por el contrario, siente ansia de saber más y descarga sobre los profesores preguntas a millares, y el profesor ha de tener una ilustración muy sólida para salir airoso y mantener el indispensable prestigio.

Por esta razón, opino que los que aspiren a esas plazas (que deben retribuirse o gratificarse lo mejor posible, por su trabajo duro) deben demostrar que saben de verdad, y debe seleccionarse, entre los que más ilustración demuestren, aquellos que sepan instruir y educar, cualidades que no poseen todos.

Respecto a la cuestión batallona de si debe la escuela ser de varones y de hembras o de enseñanza común, copio lo que digo en un folleto que acabo de publicar:

«*Mens sana in corpore sano*; esta sentencia latina debéis grabarla en vuestra inteligencia. Un espíritu equilibrado no puede estar más que en un cuerpo sano.

»Es, pues, deber de los educadores de las futuras generaciones de hombres el crear cuerpos sanos. Con salud, la inteligencia se desarrolla mejor, el carácter es más alegre y animado; la alegría que de la salud emana nos predispone a ser buenos y tolerantes con los demás, y el conjunto de todas las alegrías embellece la vida, la hace agradable, *es un don de Dios*, que eleva el alma hasta Él en acción de gracias, en vez de ser un castigo o una maldición, como se empeñan en presentarla los espíritus mezquinos y de conciencia deprimida. Las razas fuertes físicamente provienen de padres fuertes y sanos. Los deberes que la maternidad impone exigen de la mujer salud y fuerza.

»Para conseguir este resultado, desde la primera infancia debe la higiene más exquisita re-

gular nuestra vida. Alimentación sana y apropiada a la edad, traje suelto, mucho aire libre, mucha luz y mucho sol, que son vida; todo el ejercicio y todo el movimiento que el niño quiere, pide y practica *si le dejan*; mucha gimnasia natural, que hará inútil la artificial, defectuosa siempre; *vida común de niños y niñas en la escuela, en los juegos, en los paseos, en la natación, en todo, en fin*, porque si la Naturaleza, si *Dios mismo*, no despierta en ellos los instintos del sexo hasta cierta edad, es que el sexo no existe para los niños, y será viciosa y antinatural toda educación que los separe y que tienda a provocar interrogaciones incontestables, suspicacias y celos donde todo tiene que ser naturalidad y sencillez.

»Aun después de la pubertad—y aunque el último período educativo debe ser distinto, porque sería ridículo enseñar a un hombre a coser, zurcir, labores y economía doméstica, todo, en fin, lo que es peculiar y particularísimo de la mujer—no debe existir la separación de sexos. Los largos paseos por el campo, las fiestas (un poco distintas y más cultas que las actuales), los viajes, todo lo que sirva para instruir y deleitar, en el sano sentido de la palabra, debe ser común, sin ridículas rigideces protocolarias, sin ofensivas desconfianzas (*que hieren menos a los que son objeto de ellas que a los que las creen indispensables*), sin temor a peligros que no existen, porque la dignidad de la mujer y el respeto del hombre los hará poco probables y un caso aislado en el que no resulte probada esta afirmación nada probaría; en cambio, *todos los que ocurren hoy*, a pesar de la detestable educación que se nos da, sobre todo a la mujer, y a pesar de la separación en que viven niños y niñas, prueban que el sistema seguido es contraproducente. Publíquense las estadísticas verdad de lo que en esa materia ocurre en los países en que la educación de niños y niñas es común, es decir, de los países cultos, y de los que, como el nuestro, pone murallas entre niños y niñas, y resultará patente que sólo conseguimos lo contrario de lo que nos proponemos. Ese argumento del clima y del calor de la sangre es especioso y falso.

»Hay más: la base de la unión de un hombre y una mujer, el matrimonio, sea cual fuere el ritualismo externo que se adopte, y somos partidarios de la extrema sencillez, es el verdadero cariño, que no es el que se engendra de un trato superficial e incompleto (que en visita, todos

somos buenos y correctos), ni el que nace, hoy, en la mujer, del deseo de emanciparse, *sea con quien fuere*, que es el corriente, sino el que tiene su origen en el verdadero conocimiento del ser amado, el amor, en fin; y éste no puede sentirse sin un trato largo, íntimo, en el que las almas, dejando a un lado la careta con que la educación y las ridículas conveniencias sociales nos desfiguran, se muestre al desnudo, con todos sus defectos y con todas sus virtudes. La unión que salga de este amor será la perfecta, la duradera, la que, pese a los vaivenes de la vida, no claudicará jamás, la que no permitirá sentir *la soledad de dos en compañía* de que nos habla Campoamor.»

La enseñanza en España hace *cuatrocientos años* ha sido con separación de sexos y *eminente-mente clerical*, cosa muy distinta de religiosa. El resultado está patente y no puede ser más deplorable; somos, entre las naciones llamadas civilizadas, la más inculta, y no se alboroten los *patriotas*, porque más patriota soy yo, que daría mi vida por elevar a España, y entiendo que

eso sólo puede conseguirse diciendo la verdad sin eufemismos.

Evidenciado que el sistema corriente da muy malos frutos, y por el fruto se conoce el árbol, creo que ha llegado la hora de variar de rumbo, de saltar por encima de todos los prejuicios, de acabar con todas las rutinas y lugares comunes y entrar con paso firme por los caminos pedagógicos admitidos y *probados con éxito* en *todos* los países verdaderamente cultos.

La enseñanza y educación que se dé a nuestros huérfanos debe completarse con un oficio.

De ese modo daremos a nuestros huérfanos las armas para la noble lucha por la existencia, que por incomprensión y por rutina no supieron darnos nuestros padres, y, cuando ya hombres y mujeres, entren en la plenitud de la vida con paso firme, seguros del éxito, bendecirán a los que, rompiendo los antiguos moldes, tuvieron una visión clara del porvenir, y les aseguraron un puesto, aunque sea modesto, en el banquete de la vida.

Amado ZURITA

Conócense infinitas clases de necios; la más deplorable es la de los parlanchines empeñados en demostrar que tienen talento.

*

Fenecemos precisamente cuando debíamos comenzar a vivir, decía Gracián. Triste cosa es la notificación del irrevocable desahucio cuando nuestra afanosa curiosidad había logrado adornar e iluminar la morada del espíritu con un poco de ciencia, algo de arte y un reflejo de ideal.

*

Máxima antigua, defendida elocuentemente por Cicerón, es que «la verdadera amistad sólo es posible entre varones virtuosos». Tal es, en efecto, la forma más noble y elevada de esta afección. Mas ¿qué nombre daremos a esa íntima e irresistible simpatía que aproxima y solidariza, para tantos fines inconfesables, a vividores, farsantes y caciques?

Con tal constancia rige la ley de las afinidades morales electivas, que cuando en determinada Corporación figura un perillán, cualquiera puede adivinar sus amigos y amparadores.

*

La verdadera característica del hombre civilizado no consiste en hablar, y menos en charlar, sino en conversar. En las tertulias discretas satisfacemos nobles curiosidades; cambiamos ideas por ideas; corregimos juicios precipitados; hallamos consejo en los negocios arduos; estímulo para las buenas obras; consuelo en los

sinsabores, y, por encima de todo, ejercitamos la totalidad de nuestro mecanismo mental, algunos de cuyos rodajes tienden a atrofiarse, a causa del desuso impuesto por el especialismo profesional. Gracias, en fin, a esta especie de conjugación espiritual, conserva el cerebro todo el patrimonio heredado de la raza, evitando descender, como los parásitos de la baja zoología, a la condición degradante de intestino voraz, servido por un aparato locomotor o tentacular en regresión.

*

Creemos ser los protagonistas de la gran comedia de la vida, cuando en realidad servimos de humildes partiquinos. Aun en el fogoso dúo del amor somos meros delegados de la especie, que, en fin de cuentas, es la gran enamorada. Ella se sirve de nosotros como el cervecero de la levadura para continuar su industria y prosperar.

*

Hay hombres que se pasan la juventud a la manera de las pulgas, picando en las mujeres; mas, llegada la vejez, la mujer se venga, picando en sus bolsillos.

*

En los ingenios, como en las higueras, el primer fruto es la breva, que suele ser insípida, aparatosa y grande; esperemos para emitir juicio el brote de los higos.

S. RAMÓN Y CAJAL

UNO DE LOS PROBLEMAS MÁS ANTIGUOS DE LA ARITMÉTICA

Sería realmente una imperdonable temeridad indicar de un modo preciso y categórico el origen de la Matemática. Para ello hay que aventurarse en el campo de las conjeturas y dedicarse a vagas y amenas divagaciones, sin ningún valor histórico y sin ningún criterio científico. Muchos autores atribuyen a los chinos los primeros conocimientos matemáticos; pero posteriores investigaciones han demostrado que antes que ellos, e independientemente de los griegos, ya se conocía la propiedad geométrica de ser el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo igual a la suma de los cuadrados de los catetos cuando los tres lados eran proporcionales a los números 5, 4 y 3, propiedad que ha pasado a la historia con el nombre de *teorema de Pitágoras*. La Matemática china era muy rudimentaria, así como la de los primeros pueblos caldeos, fenicios y babilonios; pero es lo cierto que, como la luz, la Matemática viene de oriente, cuna de la Humanidad.

Los pueblos orientales calculaban con guijarros y piedrecillas, y su Matemática era algo real y objetivo; no *imaginaban* las operaciones, y como su poder de abstracción era insuficiente para llegar al campo especulativo, no concebían más números que los que pudieran tener una realidad concreta en el campo experimental, y, como consecuencia, resolvían de un modo geométrico—en el que predomina siempre la intuición— las cuestiones aritméticas, balbucientes aún.

Para aislar las relaciones numéricas de las impurezas de la intuición y de las realidades del mundo externo es preciso un gran poder de abstracción, es necesaria una serie de elevaciones que hagan perder el contacto con la atmósfera que las rodea para que pueda apreciarse un sensible progreso en los conocimientos científicos. Los primitivos pueblos orientales intentan realizar este aislamiento, pero no lo consiguen, resultando infructuosos sus esfuerzos para llegar a una concepción ideal y abstracta del número, única que puede servir de faro en el descubrimiento de las leyes generales y armónicas a que obedecen esos *entes* que maneja el matemático, bellos entes de razón, creados hoy en un medio *aséptico*, después de una lentísima gestación y de un parto dolorosamente fecundo.

La Matemática griega dió un paso decisivo porque estaba fundada en un concepto estético de la Ciencia, y ya se sabe que la Belleza y la Verdad son dos sublimes hermanas que todavía

no han reñido; pero la Matemática del pueblo heleno es aún una Matemática precientífica, es sólo un atisbo de Ciencia positiva, en el sentido tan amado por Comte, y es necesario que indios y árabes comiencen sus trabajos para que en la Matemática se inicie la sistematización, que, hasta llegar al momento actual, ha precisado una labor constructiva de varias centurias, y, finalmente, la demolición efectuada en el siglo XIX, para levantar el edificio, hoy pujante, que eleva al cielo las altas torres sólidas del Análisis moderno.

Desgraciadamente, de todo aquel período arcaico, sólo los egipcios pueden facilitarnos algunas referencias, conservándose en el British Museum de Londres como preciosísimo documento histórico, el papiro de la colección Rhind, debido al monje Ahmés y publicado por Eisenlohr en su obra *Ein mathematisches Handbuch der alten Egipten* (Leipzig, 1877).

Este manuscrito, que data de unos mil años antes de J. C., parece ser copia de un original de fecha aún más remota, y es el primer escrito matemático que se conoce. Contiene una colección de problemas aritméticos y geométricos, y el procedimiento para convertir ciertas fracciones particulares en suma de fracciones que tengan por numerador la unidad.

He aquí uno de sus más curiosos problemas: «100 panes para 5 personas; $\frac{1}{7}$ de las tres primeras es la parte de las dos últimas. ¿Cuál es la diferencia?»

La solución la da Ahmés con estas palabras: «Haced lo siguiente: *diferencia*

$$5 \frac{1}{2} - 23, 17 \frac{1}{2}, 12, 6 \frac{1}{2}, 1.$$

Haced crecer lo números una vez y $\frac{2}{3}$, de donde resulta:

Para 23	38 $\frac{1}{3}$
» 17 $\frac{1}{2}$	29 $\frac{1}{6}$
» 12	20
» 6 $\frac{1}{2}$	10 $\frac{2}{3}$ $\frac{1}{6}$
» 1	1 $\frac{2}{3}$
Total, 60		Total, 100

Ninguna otra explicación se encuentra en el manuscrito; pero no parece muy difícil encontrar el proceso seguido para determinar la solución. Si tomando por unidad la parte menor, llamamos *diferencia* a lo que hay que sumar a cada parte para obtener la siguiente, diferencia que es, por consiguiente, constante, las cantidades que han de constituir los diversos repartos forman una progresión aritmética; pero, según el esquemático-enunciado del problema, tres unidades más nueve diferencias deben sumar tanto como catorce unidades más siete diferencias; luego dos diferencias equivalen a once unidades y, por tanto, una diferencia es cinco unidades y media.

Una vez obtenido este resultado, se tiene la siguiente progresión:

$$1, 6\frac{1}{2}, 12, 17\frac{1}{2}, 23$$

y, según las condiciones del problema, se debe tener:

$$(1 + 6\frac{1}{2}) = \frac{1}{7}(12 + 17\frac{1}{2} + 23) = \frac{1}{7} \cdot 52\frac{1}{2}$$

Como la suma de los cinco términos de aquella progresión es 60 y el número de panes a repartir 100, la razón $\frac{100}{60} = 1\frac{2}{3}$ interviene, con la diferencia $5\frac{1}{2}$, sin que Ahmés explique el nexo que une a estos dos números; pero cuya relación es inmediata, convirtiéndose el número $1\frac{2}{3}$ en un coeficiente que es el utilizado en el papiro egipcio, tomándolo como unidad al que hay que sumarle sus dos terceras partes, resultando entonces para valores definitivos:

$$\left(1 + \frac{2}{3}\right), \left(10 + \frac{2}{3} + \frac{1}{6}\right), 20, \left(29 + \frac{1}{6}\right) \text{ y } \left(38 + \frac{1}{3}\right).$$

En el estado actual de nuestra ciencia, este método, sinuoso y complicado, resulta insostenible; pero nos da una idea bastante aproximada de lo que era la cultura aritmética de tan remotos tiempos.

Aparentemente, toda la Matemática egipcia se presenta rodeada de un pragmatismo que no tuvo un Le Roy que hiciera su apología; pero este aspecto puramente práctico tiene un gran interés para la crítica actual, porque pone al descubierto los recursos intelectuales del pensamiento matemático.

No se olvide tampoco que los egipcios pusieron los primeros jalones para que se edificara la armónica Ciencia de los griegos, y, desde este punto de vista, tiene un inapreciable valor documental el papiro de Rhind.

Lo verdaderamente asombroso de la Matemática egipcia es que, no utilizando más fracciones que aquellas cuyo numerador es la mitad, excepto el número $\frac{2}{3}$, llegasen a manejar expresiones tan complicadas como ésta:

$$\frac{35\frac{1}{3}}{1060}$$

que cita León Rodet en su Memoria titulada *Les prétendus problèmes d'algèbre du Manuel du Calculateur égyptien*, publicada en el tomo xviii del *Journal Asiatique* (1881), en la cual completa las investigaciones que inició en 1878 en la Sociedad Matemática de Francia, y a quien se debe el conocimiento de multitud de interesantes problemas egipcios.

La expresión arriba copiada resulta hoy de una aplastante trivialidad para cualquier chico de Instituto; pero basta recordar las tempestades de discusiones que en el siglo xix levantó el concepto de número fraccionario, para comprender la habilidad y destreza que suponía en los calculadores egipcios el manejo sistemático de expresiones de aquel tipo.

Claro está que la multiplicación no la consideraban como una operación directa, sino que la efectuaban por una serie de duplicaciones. Así, por ejemplo, el citado León Rodet nos dice que para multiplicar por 13 tomaban el doble, cuádruplo y óctuplo de este número, y sumándole su cuádruplo y óctuplo obtenían el producto, puesto que es, evidentemente:

$$13 = 1 + 4 + 8$$

y en la primera parte del papiro de Ahmés se encuentran extensas tablas que facilitaban el cálculo, especialmente para obtener el cociente de dividir 2 por un número impar, utilizando fracciones de numerador-unidad, únicas que —como queda indicado— manejaban, y así cita Cantor este curioso resultado:

$$2:29 = \frac{1}{24} + \frac{1}{58} + \frac{1}{174} + \frac{1}{232};$$

lo verdaderamente sensible es que en ninguno de los problemas de Ahmés se explica el procedimiento ni la justificación de las operaciones efectuadas, y las conjeturas, muy discutibles, de los exégetas de hoy no siempre satisfacen al espíritu crítico moderno.

Francisco VERA

EL CABLE TELEFÓNICO DEL RHIN

Todas las Administraciones extranjeras han decidido unánimemente la transformación en subterráneas de las grandes líneas aéreas llamadas bases, como única garantía contra los frecuentes desarreglos y perturbaciones a que están, por el contrario, expuestas estas últimas.

Sabido es que la técnica actual carece de medios eficaces para proteger las líneas eléctricas aéreas de las acciones de los elementos, ya que éstos actúan en forma y con valores excepcionales; y no sólo estas acciones violentas destruyen o inutilizan las líneas, sino que bastan simples cambios de humedad o variaciones de la electricidad atmosférica que acumulan cargas parásitas en los conductores para perturbar e impedir el tráfico telefónico. Estas y otras razones de orden técnico que pudieran indicarse han resuelto el problema de la seguridad de las comunicaciones en el sentido de adoptar el sistema de cables subterráneos en la medida y extensión que permita la fabricación de los cables, con las características apropiadas a cada caso concreto.

En 1909 estuvo Berlín casi todo un mes sin comunicaciones con importantes provincias alemanas y, a pesar de los esfuerzos de la técnica para combatir los elementos atmosféricos, acudiendo al reforzado de la solidez de los apoyos (columnas en celosía con extraordinarias pruebas de seguridad) en forma que parecía imposible su derribo por la acción de los temporales, las líneas se derrumbaban en épocas determinadas del año, llegando, por consiguiente, hoy a la conclusión de que no existe garantía alguna ante la acción de elementos que actúan con esfuerzos que se escapan a la más amplia previsión.

Los enormes perjuicios causados a la industria alemana por esta inseguridad de las comunicaciones, movieron al Gobierno alemán, de acuerdo con la Sociedad Siemens & Halske, a estudiar el establecimiento de una red subte-

ránea, después de haber demostrado la casa citada que en el caso de la telefonía puede verificarse la transmisión por cable a más de 1.000 kilómetros de longitud sin detrimento de la claridad de la palabra, puesto que podía construirse un cable pupinizado con pérdida tan pequeña que no influiría sobre el valor de la constante de amortiguamiento.

En 1912 comenzó la Siemens & Halske, por encargo de la Administración alemana, la construcción de un cable subterráneo que asegurase el tráfico telefónico de la capital del Imperio con las ciudades más importantes del Rhin, fabricación que fué suspendida durante la guerra, por lo que el de tan importante comunicación no ha podido ser terminada hasta hace algunos meses.

El cable del Rhin, o cable de las provincias renanas, es el primer cable telefónico europeo de gran alcance que asegura una comunicación perfecta en cualquier época del año entre el occidente y la capital de Alemania. Constituye una empresa formidable, felizmente llevada a cabo por la industria de aquel país.

El cable parte de Berlín en dirección Sudoeste, pasando por Magdeburgo, Potsdam, Brandenburgo, Brunswick, para llegar a Hannover y Dortmund, en cuyo punto se ramifica para enlazar los importantes centros telefónicos de Duisburg, Dusseldorf y Colonia.

Estos enormes alcances del cable del Rhin (600 km.) se han podido obtener aplicando a cables con aislamiento de aire y separador de papel el procedimiento Pupin, que consiste en incrementar la inductancia del cable por la inserción de bobinas de autoinducción (bobinas Pupin), que contrarrestan el efecto perjudicial de la capacidad propia del circuito, tendiendo a modificar la relación de las características primarias del circuito, según la condición de Heaviside del cable sin deformación. La pupinización mejora la transmisión de la palabra, no

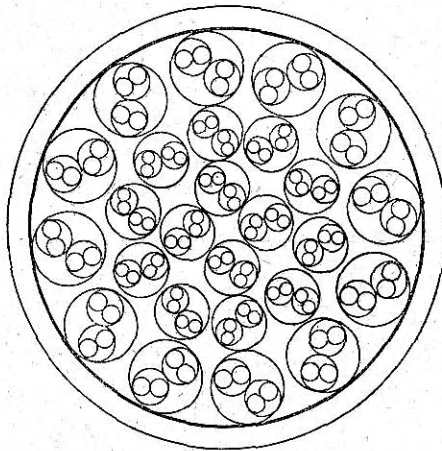


FIGURA 1.^a

Sección del cable del Rhin en los trozos Berlín-Magdeburgo-Hannóver.

sólo en el sentido de intensificarla, sino que la hace más clara, es decir, más audible.

los cables que pudieran ser necesarios en el futuro, previsión que ha sido de gran utilidad,

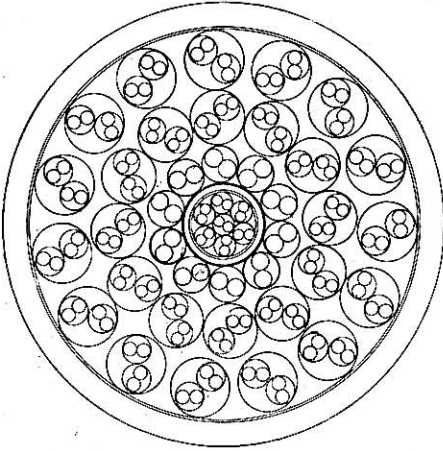


FIGURA 2.^a

Sección del cable, mostrando el cable concéntrico interior en el trayecto Hannover-Dortmund.

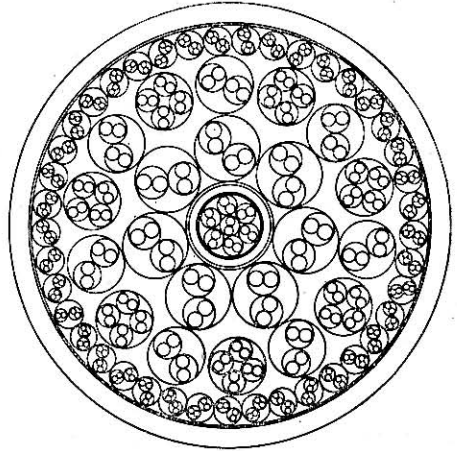


FIGURA 3.^a

Sección del cable, mostrando el cable interior en los trozos Dortmund-Dusseldorf y Colonia.

El cable pesa doce mil toneladas, de las que corresponden al cobre 3.600 y al papel sepa-

pues ya se han emprendido nuevos trabajos para el tendido de un segundo cable. El cable

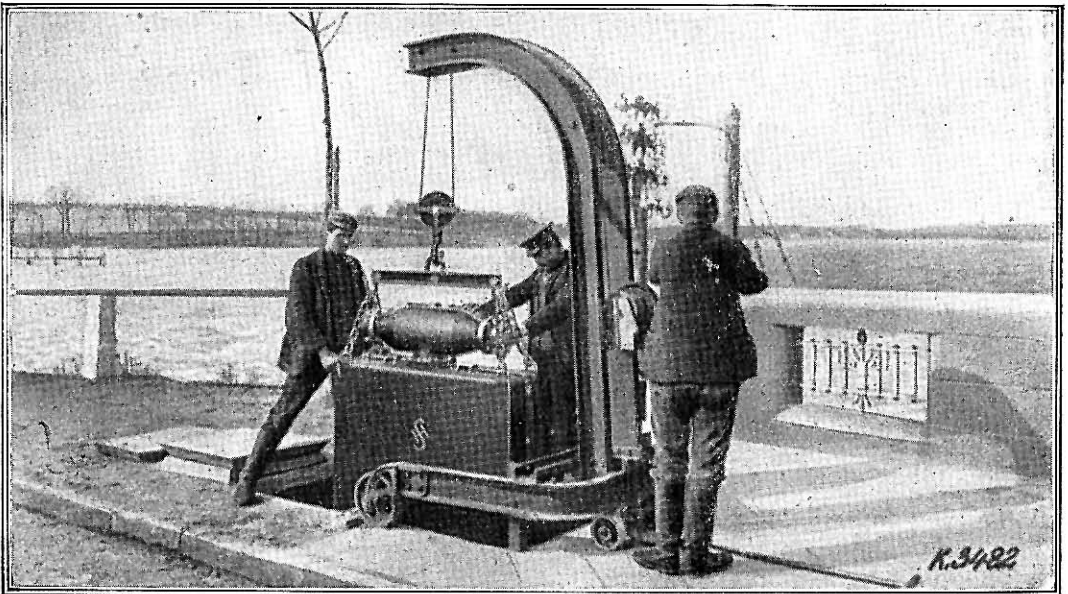


FIGURA 4.^a

Colocación de las bobinas Pupin de carga del cable.

rador 600. Las bobinas Pupin, con sus cajas, pesan 650 toneladas. Es un cable de tubo, en canalización de cemento, con cuatro lugares para

de tubo se convierte en cable de tierra, armado según sean los pasos especiales o donde el terreno no ofrezca resistencia.

El número de conductores que el cable encierra es variable de unas a otras secciones. El trozo Berlín-Hannóver (300 km.) comprende

interior con cubierta de plomo concéntrica con la exterior (fig. 2.^a). La posición y forma de este cable interno garantiza la conversación por

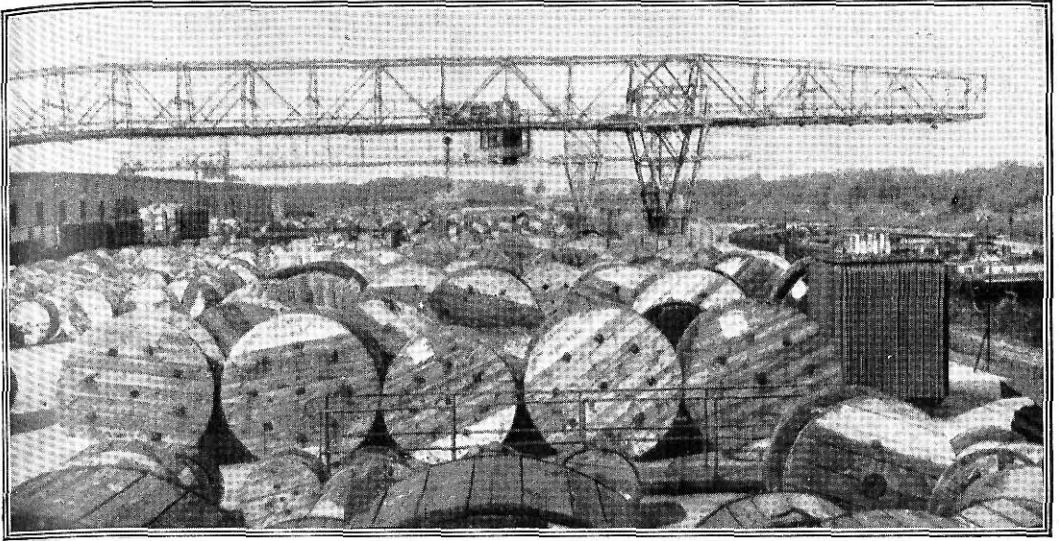


FIGURA 5.^a

Grupo de bobinas del cable renano en el patio de embarque de la fábrica Siemens.

(figura 1.^a) 52 líneas dobles de cobre de 3 milímetros, agrupados cada dos circuitos para obtener combinados de primer orden; se pueden,

los circuitos, aun cuando sobrevenga cualquier anomalía en los conductores del cable propiamente dicho, y sirven además como excelen-



FIGURA 6.^a

Construcción del canal multibular de alojamiento del cable renano.

pues, facilitar 78 comunicaciones simultáneas entre ambas localidades.

La sección Hannóver-Dortmund presenta la particularidad de contener un segundo cable

tes líneas de medida; una sola línea con este objeto hubiera sido suficiente, pero se han establecido 14 conductores para utilizarlos además como líneas telegráficas. El cable exterior

contiene 64 líneas dobles, o sean 91 circuitos de conversación con los fantomizados, y prescindiendo de los de reserva del segundo cable.

En las secciones ramificadas de Dortmund a Dusseldorf y Colonia se han aumentado considerablemente el número de circuitos, pues existen 138 líneas dobles, o sean 207 circuitos de conversación, además de los de reserva (fig. 3.^a).

Las bobinas Pupin se instalaron a 1.700 metros de distancia y fueron construídas bajo la dirección del Dr. A. Ebeling; el núcleo consta de hilos de una aleación de hierro que garantiza una extraordinaria permeabilidad con la constancia de sus propiedades magnéticas. Se instalaron en cajas de hierro especiales contenidas en pozos apropiados (fig. 4.^a).

Para los trabajos de instalación hubo necesidad de adoptar disposiciones especiales: desde el patio de embarque de la fábrica (fig. 5.^a), las bobinas de cable fueron transportadas por vía fluvial y por vías terrestres y llevadas en camiones a pie de obra. El torno empleado para la introducción del cable en la canalización de cemento (fig. 6.^a) fué construído especialmente con materiales de gran resistencia; su disposi-

ción permitía el trabajo en las dos direcciones, tendiéndose 1.000 metros de cable sin variar su emplazamiento. Después de soldar cuidadosamente las diferentes secciones de cable, se comprobaban sus condiciones eléctricas para que respondiese a las exigencias de la práctica.

Los beneficios de la nueva comunicación han sido bien visibles; y de un modo inmediato las relaciones económicas de Berlín con las provincias renanas y con Westfalia se han intensificado notablemente. El Gobierno alemán reconoce que sin la patriótica ayuda de la casa Siemens & Halske la empresa no hubiera podido realizarse; la sola experiencia de dicha casa sobre la técnica telefónica y telegráfica era una garantía del éxito de la empresa acometida.

Alemania se dispone a establecer en todas las direcciones del país comunicaciones subterráneas de larga distancia para obtener la seguridad de un tráfico que no puede estar expuesto a la inseguridad de una probable contingencia que perturbe los servicios de las comunicaciones eléctricas.

E. NOVOA

Ingeniero de Telégrafos.

ERIÓHM

ELECTROMOTORES

ACEITES "MENWAL" MATERIAL ELÉCTRICO

LA CORRESPONDENCIA AL
DIRECTOR-GERENTE DE

ERIÓHM

Calle del Conde de Cárdenas, 15. Córdoba



BOLETÍN EXTRAOFICIAL Y OFICIOSO

DEL

CUERPO DE TELÉGRAFOS

Año VII

Madrid, 15 de enero de 1923

Núm. 65

Antes que nadie y lo primero de todo, el Cuerpo de Telégrafos.

Las informaciones publicadas en nuestro último número sobre la actuación de los dos Tribunales de honor que en estos momentos investigan y toman declaraciones, causaron, como era de sospechar, profunda sensación y dieron lugar a muy encontrados comentarios. Se ha dicho que en el caso de Barcelona nosotros defendíamos al señor Norzagaray, cuando nosotros nos limitábamos a denunciar un quebrantamiento de forma. Hay quien supone que nosotros pretendimos defender al señor López Cruz, y otros, de opuesta manera, que favorecíamos al señor Pérez Sánchez. Ni lo uno, ni lo otro. En nuestros anteriores escritos nos limitábamos a narrar los sucesos tal y como se habían venido sucediendo; quisimos únicamente entrar a nuestros lectores de la verdad escueta y llana; que se supiese cuanto en secreto se decía, para no desorientar a la opinión, como, sin duda, algunos pretendían. A esta información no le pusimos más que un solo comentario, lo que en *entrefilet* se publica en otro lugar de esta edición, y, ¡por Cristo vivo!, que en esa breve glosa de los sucesos, nadie, imparcial y justo, amante de la verdad, nos puede imputar que defendemos a ninguno de los dos. Y no de otro modo tiene que ser, porque al coger entonces la pluma no pensábamos nosotros en ellos—lo decimos así, con toda la sinceridad, para que no nos lo agradezcan—; pensábamos en algo que debe estar siempre por encima de toda consideración y de toda amistad, exento de todo partidismo y de todo medro personal; pensábamos sólo y exclusivamente en el interés colectivo, en ese sagrado interés que tantas veces olvidaron nuestros empingorotados jefes.

EL TELÉGRAFO ESPAÑOL, en estas circunstancias de bochorno y escándalo, no tiene más que un deseo: que se haga justicia. Nosotros seguimos con una gran emoción los pasos de los dos Tribunales de honor que actúan—y de un tercero que en seguida ha de formarse—, porque de su rectitud esperamos el castigo de los culpables, si lo son, sin miramientos del lugar que ocupen en el escalafón y sin consideraciones de amistad y compañerismo. Si se comprueba—y esto ha de saberse en seguida—que el señor

López Cruz se disponía a trabajar porque el Estado se incautara de la red urbana de Valencia, pero comprometiéndose por escrito a valorar la red en un precio superior al que en realidad tiene, para percibir él después una crecida cantidad; si esto consigue el Tribunal confirmarlo, y puede recabar de quien tenga esos documentos que se los presente para asegurar el fallo, no duden ni un momento los jueces en condenar; caiga sobre el señor López Cruz todo el peso, todo el rigor de la ley, por muy inspector que sea y por muy buen historial que pudiera tener. Sin consideración a nada, que se le expulse si lo merece.

Pero, ¿a nadie más que al señor López Cruz? ¿No sospecharíais, señores magistrados, que en ese caso vuestra justicia sería incompleta? ¿Quedarían vuestras conciencias tranquilas castigando a uno, y que otros, no menos sospechosos y no menos inmorales, siguieran conviviendo con las personas decentes? Si cae uno, que caigan todos los que en muchas partes se señalan como prevaricadores. Hay que desempolvar esos innumerables expedientes que permanecen archivados o escondidos en los cajones de ciertas mesas esperando sentencia; hay que hacer efectivas las responsabilidades que se deducen de otros ya resueltos. ¿Han de quedar impunes unos y castigados otros? Ya que se enjuicie a los altos funcionarios—ello nos parece saludable—, que no se escondan unos y reciban otros los palos que entre todos debieran repartirse. ¿Han de quedar sin castigo aquellos que se sospecha vendieron credenciales de celadores, que fueron expedientados, y cuyos expedientes no se sabe su paradero desde que a su primer instructor lo jubilaron? ¿No han de seguirse las graves averiguaciones de este otro que formaba el señor López Cruz? ¿Y el que se instruía a otro alto jefe de cierta famosa capital andaluza? Las preguntas se harían interminables. Para seguir la campaña moralizadora que parece se ha emprendido, bastan en un principio con esos tres mamotretos a que aludimos; después seguiríamos señalando otros no menos escandalosos.

Y sin dejar que las cosas se enfríen, unos detrás de otros, que vayan compareciendo ante el tribunal para aquilatar conductas, para comprobar acusaciones, para reparar honras, para condenar y para desagaviar, para conceder a cada uno lo que se merez-

ca. Así, justa, leal, honrada, austera y severamente. Todo, antes que la gente poco enterada y maliciosa generalice y haga caer sobre todos, las culpas que unos cuantos, seguramente muy pocos, cometieron. Todo, antes que nuestra reputación y nuestro buen nombre lo cubran de vergüenza e ignominia.

Esta es, dicha con toda nobleza, nuestra posición en estos asuntos y nuestra manera de pensar en estas repugnantes e indecorosas cuestiones de actualidad. No se tergiversen las cosas y no se lea aquello que no hemos escrito; que nosotros no queremos sacarlas de quicio, y pudiera ocurrir que así sucediera si los más obligados a callar nos violentan demasiado.

Los intolerables desafueros de la política.

Si nos detuviéramos en repasar la historia de todos los atropellos que el caciquismo ha cometido con el telegrafista, encontraríamos, seguramente, cientos de casos que por no querer aquél someterse a la voluntad torcida del magnate local fué perseguido hasta la crueldad, si permaneció en su destino, o se le trasladó, si así lo quiso el cabecilla influyente. La estabilidad del funcionario dependió, y sigue dependiendo en gran parte, del antojo de cualquier político. Si pudiéramos escudriñar en los archivos de nuestro negociado del Personal, sobradas pruebas encontraríamos para demostrar nuestra afirmación hasta la saciedad. Esto, sin embargo, no nos impide que aseguremos rotundamente que la tranquilidad, la suerte, el porvenir, incluso la carrera del empleado público, depende de las ilegítimas volubilidades de la política. He aquí, si no, el siguiente telegrama que se nos ha dirigido desde Pamplona y que lo confirma plenamente, con sobrada y bochornosa rotundidad:

«Trasladado a Palencia el jefe de esta Sección, don Benito Fernández Amor, contra su voluntad, por imposiciones bastardas de individuos que quieren dirección abreviada *de matute*; el personal, jefes y oficiales francos de servicio, le ofreció un banquete de despedida en prueba de afecto e identificación. Hablaron varios de los concurrentes, haciendo resaltar el cariño que a su jefe profesan, lamentando que *por imposiciones de la política* se les prive del bondadoso y digno compañero.

»El señor Fernández Amor agradeció la delicadeza del obsequio, expresando que aquel acto de fraternal adhesión le indemnizaba en gran parte de los perjuicios y molestias que el traslado le origina.—*La Comisión.*»

Si, como este telegrama da a entender, el jefe de la Sección de Pamplona, señor Fernández Amor, en cumplimiento de su deber se opuso a una inmoralidad que permitía que determinados señores no hicieran efectivo el abono de la dirección abreviada, ¿qué defensa hicieron del funcionario diligente aquellos que por su alto cargo están llamados a oponerse a estos desmanes de los transgresores? ¿Se nos quiere decir si es así como se estimula a los que quieren cumplir escrupulosamente sus obligaciones? Si a los jefes probos, íntegros, honrados, se les persigue por esto, ¿qué se hará con aquellos otros que fácilmente se prestan a que estos atropellos se realicen y con los que, olvidando los intereses de la Corporación, andan en tratos con negociantes y mercaderes?

Y es que nuestros poncios sienten también estas malsanas inclinaciones.

En el mes de septiembre, comentando unos inoportunos traslados de funcionarios de la Central, hubimos de escribir cómo en la conciencia de quienes aconsejaron aquellas medidas de rigor, latería siempre el remordimiento de la injusticia que cometieron y del daño inmenso que causaron, y pesaría eternamente la responsabilidad de haber deshecho unos hogares y de haber restablecido en nuestras costumbres la odiosa y bárbara medida del traslado. Confesemos sinceramente nuestro error. Más, infinitamente más que un remordimiento, que es señal de conciencia, y que una responsabilidad, que es síntoma de solvencia moral, puede en nuestros hombres la pasión del amor propio y de la soberbia. Se ha persistido en el error, repitiendo el procedimiento, y no se advierte por parte alguna el menor indicio de enmienda, ya que ni la piedad es capaz de conmovier a nuestros próceres. Posteriormente a aquellos traslados hubo algún otro, en Ciudad Real mismo, de dos oficiales, que por las noticias que de ellos tenemos acusan todas las características de la venganza personal. Más tarde, alguno de los primeramente trasladados hubo de caer gravemente enfermo allá en la residencia que le fué asignada, situada en lo más abrupto del Pirineo español, entre picachos donde ni aun las fieras viven y a centenares de kilómetros de toda comunicación. Lo lógico, lo natural era aprovechar este designio que pudiéramos llamar casi providencial para deshacer el tremendo error y restablecer la paz en los espíritus. Pero es indiscutible que caminamos hacia épocas y prácticas análogas a las que, hace siglos, hubieron de dar una triste celebridad a los Borgias, y que en España hubieron de encontrar expresión adecuada en la frase, que encierra todo un tratado de política, de «sostenerla y no enmendarla». Se cree, por lo visto, en nuestras alturas, que el más elemental deber de la superioridad es el de jamás confesar sus propios yerros y, por contera, entender que la disciplina se impone con procedimientos de violencia, castigando con saña y crueldad, sin ni aun siquiera escuchar al interesado. Y nosotros, y con nosotros la Corporación en masa y aun muchos sectores de la vida nacional que andan más enterados de lo que entre nosotros sucede de lo que quizá nos conviniera, pensamos que cuando la infalibilidad y la perfección moral están tan alejados de nuestras alturas, como los acontecimientos actuales están demostrando, lo prudente, lo justo, lo de buen gobierno, es no excitar a la masa con medidas de crueldad y de injusticia, o rectificarlas, si llegaron a cometerse.

Si se quiere restablecer la paz, hágase rápidamente una severa reglamentación de los traslados, que evite todos los actuales desmanes y los que en lo futuro puedan venir. Es absolutamente necesario, porque la justicia lo reclama imperiosamente, evitar que nuestro Negociado primero sea un lugar de favores para protegidos y paniaguados y un centro desde donde se decretan persecuciones y miserias para los que no entraron en camarillas. Mientras no se hacen jamás efectivas las responsabilidades para los que desorganizan los servicios, ni para los culpables de que las líneas estén abandonadas y que se caigan

apenas han llovido cuatro gotas, ni para los responsables de que en la inmensa mayoría de las provincias no haya aparatos en condiciones, ni para los que solapadamente procuran desacreditar servicios que pudieran ser éxitos para la Corporación, no se puede admitir ni tolerar que se castigue por ruines venganzas a los de abajo con deportaciones, en tanto que hay montañas de expedientes que se han detenido porque no se quería perjudicar a los que de arriba pudieran resultar responsables.

Los palacios, con el tiempo, se convierten en chozas.

Un año justo hace que inauguramos la nueva Central. Cuando ello aconteció, aquello parecía una tacita de plata: todo blanquito, nuevecito, reluciente, constituyendo pasmo y admiración de propios y extraños, que, en interminables caravanas, acudían a visitar la nueva sala. Y no tan sólo el ministro de la Gobernación, con la plana mayor de directores generales y altos jefes de la casa, sino la mismísima majestad real, acompañada, como era lógico, del presidente del Consejo de Ministros y gran número de ministros, subsecretarios y políticos de todos los matices, fueron a visitar aquella indiscutida e indiscutible novena maravilla. Aquello, repetimos, aconteció justamente hace un año. Hoy...

Hoy ha pasado por allí ignoramos qué espíritu maligno que sobre Telégrafos pesa eternamente, para desgracia y desdoro suyo, y que ahora se exacerbó como jamás lo hizo. Como un eco, ese espíritu que vaga por pasillos y negociados y que en ocasiones entra en las salas de aparatos, repite constantemente su frase eterna: «¡Hay que ahorrar!» Y se ahorra de todas partes, de todos los capítulos, no tan sólo de lo superfluo, que jamás lo hubo en Telégrafos, sino de lo necesario y aun de lo indispensable. Y además de escatimar como usureros las horas de gratificación para pagarlas luego pésimamente, se escatima todo lo demás. Y así, de aquella Central que entonces podía ser y era con justicia orgullo de la Corporación, quedan solamente un recuerdo agradable y una realidad desconsoladora. Cristales que se rompieron allá en el mes de mayo o junio del pasado año y que se reemplazaron por papeles, sin substituir siguen. Varios sillones giratorios que se averiaron y desmontaron para repararlos, en el taller continúan. Si pocas eran las toallas que en la casa vieja había para que el personal pudiera permitirse el lujo de lavarse y secarse las manos, menos hay ahora, que en momentos hay una tan sólo. Si defectuoso era el servicio de ordenanzas antiguamente, infinitamente peor es en la actualidad. Si pocos relojes había en la vieja Central, en ésta, infinitamente mayor que aquélla, solamente hay uno útil, pues todos los demás se desmontaron hace cuatro, cinco o seis meses, y abandonados por los rincones continúan. El extravío de un tintero, o un frasco de goma, en la sala de aparatos, constituye un problema de más difícil solución que el de la cuadratura del círculo. Y todo, absolutamente todo, así, escaso, insuficiente, careciéndose de lo más elemental, de lo más imprescindible, en aras de ese sacrosanto espíritu ahorrativo que no nos permite salir nunca de la categoría de pigmeos. Porque, por ahorrar, hasta un ordenanza se ahorra. Un ordenanza que cuida del ascensor para que el personal pueda

evitarse el trabajo de subir cien escalones, se niega con gesto agrio y descompuesto.

Claro está que ya sabemos que hacemos muy mal en lamentarnos, pues que no tiene ese personal derecho a quejarse. ¿No es ése el personal que trabaja? ¿No es el que con su trabajo permite vivir a los demás? Pues entonces, según las modernas teorías, bastante tiene. ¿Que no hay ordenanzas en la portería? Para nada los necesita. ¿Que no hay jabón ni toallas? El deber elemental de toda persona que trabaja es tener las manos sucias y callosas. ¿Que no hay ascensor? Harto tiene, y que dé las gracias, con que le hayan puesto una escalera. Nosotros aconsejamos al personal que, dándose cuenta de su situación, se percate de que su papel es análogo al de esos asilados que, encerrados en un edificio suntuoso, permiten que haya una congregación, un consejo, unos abastecedores y un ejército de empleados para administrarles su vida. Pero nosotros, para defender un poquito lo que creemos constituye un derecho, continuaremos infantilmente, y sin esperanzas de ningún género, insistiendo en estos asuntos. Y si hoy hemos hablado de estas faltas, otro día hablaremos de la espantosa desorganización de la Central, que alcanza hoy proporciones jamás conocidas...

Carta abierta.—Para «Un limitado del Centro de Córdoba».

Querido compañero: Con verdadero deleite he leído las quejas contenidas en tu artículo «¿Hasta cuándo va a imperar la arbitrariedad y la injusticia?»

Te has adelantado; pues esas mismas o parecidas palabras contenía la carta que tenía preparada para enviar a nuestro querido Director de EL TELÉGRAFO ESPAÑOL, cuando leí tu artículo. Suspendí su envío y lo substituí por esta carta, que es el final de aquél, y que, a mi parecer, si no es el remedio de nuestros males, servirá al menos para protestar; servirá para que nos recuerden; servirá para que sepan que los *limitados* somos *telegrafistas* también, hombres tan conscientes y dignos como los otros; que también hemos estudiado para ingresar, y que si los azares de la vida nos arrojaran a una de estas islas que ellos llaman *Jauja*, no por esto hemos perdido el concepto de nuestra dignidad y de nuestro valer.

Y ya que de nosotros no se acuerdan más que para pedir nuestra ayuda en aquellos casos en que la consideran precisa, y nos olvidan cuando de nuestros intereses se trata, sería quijotesco seguir procediendo siempre así.

Suprimamos, con todo nuestro dolor, pero con entereza y decisión, toda idea de *ideal corporativo*, *compañerismo*, *Telegrafos*, tópicos que sólo redundan en provecho ajeno, y, en una palabra, escondámonos en nuestras *grutas de oro*, y que no lleguen a nosotros los clamores de los demás, ya que los nuestros no llegan a ellos. Suspendamos toda suscripción; anulemos nuestros compromisos todos, hechos por cariño a Telégrafos; desoigamos de hoy para siempre las llamadas a nuestros corazones, y ya que nos relegan a vivir en un círculo social diferente al suyo, vivámoslo, pero vivámoslo en absoluto; no lo vivamos sólo para cuando ellos quieran, sino para cuando nosotros queramos también; que entonces, cuando vean la dolorosa y muda protesta nuestra, cuando, conociéndonos, vean que procedemos de

manera tan diametralmente opuesta a como siempre procedimos, abrirán un interrogante en el que compulсарán sus obras y las nuestras, y, no dudes, llegará a lucir el sol de la Justicia, con puros resplandores, haciéndoles ver su egoísmo y nuestra razón.

Un abrazo con todo cariño. — *Un limitado del Centro de Murcia.*

* *

No podemos dejar de poner una breve apostilla a esta carta abierta, que por amables y obligados requerimientos insertamos.

Vaticinamos nosotros, cuando la injusticia podía emendarse, cuando la sinrazón tenía fácil composición, que la forma en que se dispuso el reparto de gratificaciones por servicio nocturno, extraordinario, de días festivos y por transmisiones causaría hondo malestar, profunda decepción entre los telegrafistas que en estaciones completas y limitadas prestan su cometido tan escrupulosamente como cualquier otro de capitales.

Pronosticamos que la desigualdad irritaría, que el equiparar en estos cobros al jefe de una de esas estaciones con el ordenanza a sus órdenes—señor, que hay una gran diferencia de capacidad y de funciones entre uno y otro, y ambos cobran lo mismo!—causaría sonrojo y humillación; que esas diferencias serían semilla de discordias y de luchas fratricidas. No nos excedimos en el comentario. La anterior carta lo comprueba; con ella suena el primer clarín de guerra. No. Alto ahí; que si EL TELÉGRAFO ESPAÑOL tiene deberes que cumplir con los que en sus derechos se consideren perjudicados y acude solicitó a enmendar los atropellos, las iniquidades, toda clase de extralimitaciones que diariamente se cometen, tiene también otros sagrados deberes por los que velar, y ante los cuales pospone todos los demás. La pasión es mala consejera, y no es la emotividad más adecuada para regir las conductas.

Serénate, amigo querido, que con el buen deseo de remediar un mal propones otro peor: suprimir todo ideal; esconderse cada cual en su garita; reconcentrarse y despertar los individuales egoísmos; suprimir toda suscripción, cuando, posiblemente, inocentes y desvalidas criaturas, hoy entregadas a nuestro amparo, nos pedirían cuentas; desoir lo más hermoso de la vida, aquello que directamente conmueva el corazón, es borrar lo más noble, lo más puro, lo único que de verdad, de verdad, merece vivirse. De realizarse tu proposición, que no has meditado, volverías a nuestro primitivo origen, y no serían *grutas de oro* precisamente nuestros hogares, sino oscuras y tortuosas cavernas, almácigas de insaciables apetitos, de devoradoras pasiones, de donde no se podría salir sin temor a que otro bosquimano nos clavara el diente. Queriendo que desaparezca una injusticia, compañero limitado, cometes tú otra mayor: la de achacar la culpa a los que no la cometieron. ¿Qué parte tomaron en esas disposiciones, oficiales—emanadas de un solo organismo y, por consiguiente, con intervención muy reducida de telegrafistas, dos o tres a lo más—aquellos que, no tan sólo están alejados de toda dirección y de todo mando, aunque vivan muy cerca de él, sino que, aunque no los oigas, se lamentan contigo y sienten tus angustias y tus dolores, y pondrían remedio a tus males si en sus manos tuviera el antídoto? Los errores de unos

jefes no deben pagarlos los demás. No sigas por ese camino. En esas ideas suicidas, nadie te acompañará. En lugar de demoler para que la ruina, la devastación lo cubra todo, hace más falta construir, reedificar con los buenos y abundantes materiales que entre nosotros existen, arrinconando lo viejo, lo inservible, lo que por vetusto y carcomido tengamos necesidad de desechar.

Porque reina el buen sentido, pedimos.

Desde el mes de septiembre, que se inauguró el giro telegráfico, hemos venido observando cuantas disposiciones han sido publicadas, unas permanentes, otras transitorias, que han sido flor de un día.

Todo servicio nuevo, máxime si tiene la importancia que éste, presenta una serie de dificultades y tanteos que es imposible enumerar. Por eso no es extraño que órdenes dadas hoy sean suprimidas mañana, al ver que en la práctica daban un resultado negativo. Por esta conducta y docilidad en borrar lo que se ve que no da fruto, el gerente señor Esplá merece un aplauso muy efusivo y bien del Cuerpo de Telégrafos. No hacer cuestión de amor propio cualquier orden por aquello del *yo mando*, es merecedor de que nosotros lo consignemos públicamente para satisfacción de todos; porque con esta marcha hábil y democrática se van echando los cimientos firmes para un importantísimo servicio del Estado, que es la base de toda buena organización futura.

Apoyándonos en esta idea de transigencia, nosotros hemos de rogar al señor Esplá que no se haga esperar una orden en el *Boletín Oficial* que marque por igual la forma en que las estaciones han de dar cuenta a su sección del saldo diario que obra en sus cajas. Porque, al implantarse el giro, en cada sección hubo que nombrar un funcionario que se encargase de la dirección de este servicio, y como cada *maestrico* tiene su *librico*, hay algunos de ellos que hasta exige un balance diario, y esto nos parece que es innecesario, completamente innecesario, pues sólo da por resultado recargar al personal de un trabajo que debe evitarse.

A nosotros nos parece bien que se haga lo que en la mayoría de las secciones: dar cuenta todos los días del saldo limpio, por AD; pero opinamos que ese AD solamente debe darse el día que haya alteración en los fondos, ya que no todos los días se cursan giros en la mayoría de las estaciones. De este modo se despeja, se abrevia y se evita trabajar inútilmente.

De cualquier modo, nosotros suplicamos al señor Esplá se ocupe de este punto del servicio y adopte aquella disposición que crea conveniente y por la cual deban regirse todas las oficinas subalternas.

A la memoria del fraternal amigo y prestigioso camarada don Pedro Tobías.

Sin advertencia ni graduación alguna hemos recibido el golpe brutal. Tobías ha muerto. Nos lo han dicho los periódicos. El cariño que le profesaban todos cuantos tuvieron la suerte de tratarle en la intimidad era tan grande que jamás hemos visto más francas y unánimes pruebas de sentimiento. Era el justo homenaje a sus excelsas virtudes. Hombres curtidos en la desgracia, avezados a las luchas de la vida, atentos a no transparentar sus emociones, y

egoístas de su dolor como los hombres viriles que sienten hondo, no podían disimular el sufrimiento ante el cadáver de aquel hombre bueno. Tobías no era un amigo al estilo moderno del vocablo, ni un funcionario de esos que los azares de la profesión y los escalafones han catalogado bajo el marbete de compañeros. Era un amigo y un compañero al estilo de otros tiempos, cuando las palabras tenían su verdadero valor; tiempos anteriores a la pérdida de las colonias y a la catástrofe de Annual. Era un amigo de los que os acompañan en vuestras aflicciones y en vuestras desgracias sin reservas ni distingos, amigos siempre a prueba de desengaños. Compañero como el más compañero de todos, era la quintaesencia del compañerismo. ¿Es que por ventura abundan tanto semejantes *calidades para que dejemos pasar inadvertida la muerte de Tobías*, como si se tratara de algún ser corriente, sin personalidad alguna, fruto de ese materialismo egoísta que se masca actualmente? Pues aún hay algo más que decir: El Cuerpo de Telégrafos está de luto porque ha muerto un gran mecánico. ¿No significa nada esto? ¿Estamos tan sobrados de grandes mecánicos? Yo creo que hay muchos buenos; pero de la talla de Tobías no hay tantos que no represente su pérdida algo irreparable para la Telegrafía española. Y nos consideraríamos los más despreciables de los hombres si no añadiríamos aún algo más. Tobías era un telegrafista. Todavía está presente en nuestra mente su gestión en todas las secciones donde fué montado el dúplex Santano. ¿Os acordáis? Un dúplex que sacaba 900 despachos en una guardia de tarde de siete horas; ese dúplex caído en el olvido sin razones que lo justifiquen, porque para eso no hay razón ni pretexto nunca. Tobías antes del montaje medía todo lo medible. Repasaba desde las pilas al conmutador, y después, en una tarde, sin que se retrasara ni un minuto el servicio, fijaos bien, *ni un minuto*, pasaba el hilo a dúplex, y se empezaban a transmitir o recibir despachos sin un entorpecimiento ni una repetición. Y si hacia falta pegar o anotar despachos, lo hacía, contando palabras y colacionando cifras y dando recibos sin equivocarse. Y allí mismo y en aquel momento quedaban corregidos todos los defectos que hubiera en la estación, desde la mesa de pruebas hasta la manera de hacer el servicio, y ante eminencias consagradas por el estudio triunfaba aquel hombre capaz de hacer todo lo conveniente para que las cosas fueran bien. No era, es verdad, el hombre que todo lo había aprendido en los libros. Lo había aprendido a fuerza de experiencia, bebiendo en las fuentes de aquel gigante del laboratorio que se llamaba Santano, otro obrero de la Telegrafía, de quien parece que nadie quiere ya acordarse. Tobías era el auxiliar de vista clara, de un poder de asimilación tal, que instantáneamente se daba cuenta con media palabra de lo que se le quería decir; de un ojo clínico capaz de comprender al primer golpe de vista dónde estaba lo que había que corregir y cómo se podía pasar de un malo o de un mediano a un buen funcionamiento. Jamás le vi titubear ni equivocarse. ¡Qué importa que un escalafón le hubiera puesto como límite un sueldo irrisorio si sus propios méritos le hacían ganar algunas veces fuera de Telégrafos lo que cobran actualmente tres inspectores juntos! Y aquel amigo bueno, aquel mecánico inmenso, aquel gran telegrafista, aquel hombre que jamás

manchó sus labios con la adulación, ni conoció esos cubileteos indignos a que tantas veces debe la clase media española el pisar los baldosines de su casa por encima de las alfombras; el que nunca se dejó contaminar por este ambiente de farsa y de mentira en que vivimos, ha fallecido todavía joven, cuando aún pudiera ser útil a sus semejantes. La desgracia, al abatirse sobre su hogar, ha permitido, sin embargo, que muera en los brazos de sus hijos y rodeado de toda su familia. Ejemplo de padres de familia, adoraba en sus hijos. A ellos dirigimos este recuerdo, que dedicamos a la memoria de su padre. Y conservemos de un modo imperecedero en el fondo de nuestra alma al ciudadano ejemplar, al amigo cariñoso, al compañero inseparable, lustre y gloria de esa escala de mecánicos que tiene todas nuestras simpatías, al telegrafista modesto pero práctico, al telegrafista verdad, sin relumbrones ni fantasías, y sobre todo al hombre bueno, tan bueno, que al despedirnos de su cadáver no podemos por menos de exclamar: «¿Por qué te has muerto, Pedro? ¿No ves que hombres como tú quedan muy pocos en el mundo?»—*José Feliú.*

Ideas al vuelo.—¿Quién las recogerá?

La inestabilidad de los Gobiernos en España está dando lugar a que los directores generales de Comunicaciones se sucedan unos a otros con rapidez tal, que muchos de ellos apenas tienen tiempo de enterarse de los servicios de su departamento. De esto, lector amable, habrás oído con frecuencia, en la prensa profesional de los dos Cuerpos y en conversaciones particulares de funcionarios, amargos comentarios saturados de lamentaciones justísimas, porque servicios de la importancia del telegráfico y del postal no pueden sufrir, imposables, tan lastimosa paralización en su desarrollo natural.

Nosotros, por razones fáciles de comprender, estamos obligados a evitar que las cosas sigan por ese camino; por todos los medios legales—¡cómo no!—a nuestro alcance debemos procurar con decidido empeño, con voluntad férrea, un cambio de rumbo; debemos luchar denodadamente, con tenacidad, para que la organización de los servicios de Telecomunicación responda eficazmente a las exigencias de los tiempos que corren, teniendo la absoluta evidencia de que sólo a nosotros corresponde realizar un detenido estudio del actual estado de la explotación de la Telegrafía dentro y fuera de España, para buscar y obtener el procedimiento de gobierno telegráfico más adecuado, más a propósito para que podamos conquistar nuestro ideal de siempre, que no es otro—bien lo saben todos—que hacer un buen servicio.

Continuando las cosas por el mismo derrotero de ahora no será posible llegar al fin deseado; en la conciencia de todos está esta verdad. Es indispensable, por tanto, cambiar de procedimiento, pues ya sabemos la suerte que han corrido magnos proyectos confeccionados por la Dirección general. ¡No! No nos empeñemos en continuar aferrados al sistema que tan malos resultados nos ha dado; fijemos un nuevo rumbo, y sea éste el que nos lleve a obtener un organismo autónomo, colocado al margen de los cambios políticos y de la política misma, a ser posible, para que con tiempo suficiente de estudio y con autoridad plena pueda llevar al terreno de la prácti-

ca todos los proyectos que las circunstancias aconsejen, después de estudiados y meditados con toda la atención debida.

Trabajemos sin descanso hasta lograr que el Gobierno delegue sus poderes, en lo que a los servicios de la Telecomunicación respecta, en un organismo de prestigio, de solvencia, de garantías, en fin, que sea el encargado de la organización y explotación de tan importantes servicios públicos. Tal organismo pudiera estar constituido por telegrafistas, ingenieros civiles y militares, financieros y abogados, formando algo así como un «Consejo de explotación de la Telegrafía».

Si llegase a ser un hecho esto que esbozo tan someramente y que no es más que un supuesto, una ilusión, mejor dicho, una quimera, si queréis, habría llegado el momento en que podría pensarse seriamente en concebir proyectos; entonces podrían meditar las modificaciones que convendría introducir en nuestra vetusta organización, porque se trabajaría con verdadero provecho. Los proyectos, las ideas, las iniciativas no caerían en el vacío; todas las que tuviesen algún fundamento, alguna probabilidad de acierto serían acogidas en el seno de la elevada Comisión directora, que las haría pasar por el tamiz de un examen concienzudo, de una crítica sana y benévola, para recoger de ellas lo que fuese aprovechable.

Así, por ejemplo, valdría la pena de pensar en la oportunidad de llevar a la Junta consultiva elementos jóvenes, como ya se intentó en otra ocasión, que colaborasen con los veteranos telegrafistas en la alta misión consultiva de tan importante Centro, que podría quedar constituido, sin mengua alguna de la disciplina ni desdoro para nadie, por funcionarios de las tres categorías y de las especialidades de la carrera, nombrados todos por elección y según los méritos de sus hojas de servicios y relevados, desde luego, de todo servicio de aparatos y oficinas con el fin de que pudiesen prestar así toda su atención al desempeño de su importantísima función.

Podría ser también objeto de discusión la conveniencia de modificar el plan de estudios de la Escuela, para ver si sería útil dar al alumno de nuevo ingreso todas las enseñanzas de su carrera; ampliar a dos años el tiempo de estancia en aquélla del oficial técnico-mecánico, con unos meses de prácticas en la Central y en las líneas; disponer que los alumnos del grado superior efectuasen prácticas y viajes con sus profesores durante los períodos estivales de vacaciones, concediendo con ello a la práctica la enorme importancia que requiere la enseñanza de la Telegrafía.

Y en un plano inferior, de importancia secundaria, se presenta la introducción de una reforma utilísima, que es de las que proporcionan éxitos ruidosos, perfectamente tangibles, si se saben aprovechar con oportunidad. Me refiero al establecimiento de «equipos volantes», dedicados a trasladarse con toda rapidez a los puntos de la red, en donde, una circunstancia prevista o imprevista, provocase un considerable aumento de servicio que excediese a las disponibilidades ordinarias de personal y material de la localidad. A vía de ensayo podría cómodamente formarse uno en Madrid, integrado por personal especializado y de aparatos y provisto del material necesario, preparado siempre con adecuados embalajes

para establecer buenas comunicaciones en cualquier punto de la red. Un accidente ferroviario o un siniestro de distinta naturaleza, un acontecimiento político o de otro orden, son causas de honda preocupación para los telegrafistas de provincias principalmente, que justifican la creación de los equipos volantes, como funcionan en Francia, si mis informes no son equivocados.

A tenor de lo señalado en este tosco bosquejo existen en nuestro ideario multitud de cuestiones a cual más interesantes; con la parte más escogida podría formarse un cuestionario de amplitud suficiente para ocupar asiduamente y por muchos meses la atención del organismo autónomo, cuya constitución desea, *Micrófono*.

Hermanos, hermanos, que nosotros también somos hijos de Dios.

Continuemos echando el peso de más razones a las dadas en el número anterior sobre el descarte que se ha hecho a limitadas y completas del resto de la comunidad en el asunto de las gratificaciones. No creo, no queremos creer, que este estado de cosas tan manifiestamente injusto subsista contra viento y marea de tantas y elocuentes protestas como se le han argumentado a lo que estaba llamado a poner el consecuente remedio; pero dado el obstinado propósito de que el mal perdure, seguiremos tratando del asunto con más porfía, si bien con el pesimismo que nos embarga a todos, de que sorderas tan pertinaces nos traerán el aburrimiento y el tedio consiguiente hasta el abandono de toda campaña, abochornados de haber hecho el ridículo y de haber tenido fe en los hombres y en las cosas.

Quedaremos entonces relegados a nuestra condición de esclavos, que es lo que somos según se nos trata, y a lo ínfimo de nuestra condición añadiremos la amargura de nuestras decepciones.

No se trata solamente de un reclamo de pesetas, sino de algo que entraña al seno corporativo y que es función de todo Cuerpo que tenga civismo y sepa defenderse de humillaciones a sus derechos con la altanería de la dignidad, médula de su fuerza y conciencia de sus actos.

Sean todos los que hasta ahora han hecho caso omiso de nuestras humildes protestas, los que nos miran con la indiferencia de segundones, que éstos que ahora claman por los derechos que son suyos y se les esfumaron por las desatenciones que con ellos se han cometido, son aquellos mismos esforzados que no regatearon su pan y ayuda a sus hermanos; son aquellos mismos que en los días de nuestras violencias, de nuestras huelgas de ardoroso espíritu, cuando nuestro Cuerpo debatía varonil, siempre varonil lo que debíamos defender o creíamos deber apoyar, solos entonces, alejados del campo de la lucha, desposeídos de esa exaltación que produce la compañía de los que luchan y se animan en el ardor de la pelea; días febriles en que nuestras mujeres, señalando a nuestros hijos, nos pedían reflexión, nos inducían al miedo, que hubiera sido traición a nuestros hermanos; cuando tanta presión se puso a nuestros sentimientos, olvidamos todo, no tuvimos en cuenta ni a nuestros hijos ni a nuestras mujeres, y pudo más en nosotros el gesto desinteresado, todo caballerosidad, todo sacrificio, de no desunirnos y

correr la suerte de nuestros compañeros. No se me irán del caletre aquellos días en que tuve la grandísima satisfacción de conocer al fundador de esta Revista, desterrado entonces en una limitada limitrofe a la mía, conocimiento que me ha hecho imborrable su recuerdo y tantas penas me ha causado llorar su pérdida.

Debatíamos mano a mano por estos campos andaluces de los temas palpitantes y que tanto nos embargaban, y él, con lo elevado de sus juicios, lo sutil de su ingenio, su aplastante lógica y simpatía, rebatía una a una mis exaltaciones e ignorancias, porque yo ponía toda fe como el que no espera desengaños; y él, campeón de ideales, con la gallardía y gentileza del hombre superior, me asombraba con sus conocimientos y manera de ver las cosas y me daba relación de personas, personajes y personajillos, de bazas y heroísmos que me dejaban desorientado y perplejo.

¿Cómo sospechar yo tanta intriga y podredumbre en una Corporación todo virtud, todo ideal! ¿No sería yo un alucinado por la elevación de sus pensamientos y por su galanura al exponerlos al llevarme al terreno de sus pasiones? No hace tanto, días antes de su muerte, dió al traste con las infantiles opiniones que me quedaban y me hizo ver claro que aquí no es todo altruísmo; hay egoísmos y algo más, mucho más. ¿Por qué no se aboga porque esta división, esta injusticia termine? Más acicates, ¿para qué? Lo que precisa es el remedio.

Hay comisiones para todo; se forman hasta para solaz de barrigas y contento de paladares. ¿Por qué no se forma una que con la fuerza del derecho y el empuje de las causas santas, respetuosamente, diga al Director general estas o parecidas palabras:

«Señor Director: El Cuerpo que V. E. rige le suplica reparación a una degradación que con parte de nuestros hermanos se hizo; con los que, como nosotros, tienen iguales derechos. Pedimos por ellos, señor, porque lloraron y sufrieron nuestras penas cuando las tuvimos, sin disfrutar de las satisfacciones que entre todos se consiguieron. No podemos dejarlos desvalidos e indefensos en la impotencia de sus medios, ni ser indiferentes a sus justas condolencias.

Pedimos la retribución proporcional al exceso de cada uno y esperamos del esclarecido entendimiento de V. E. ponga fin a la desdichada posición en que se encuentran.»

Hora es ya de que se nos conteste por quien pueda y esté en el caso de hacerlo. Que se desestimen nuestras demandas si hay razones para refutarlas, pero que a nuestros clamores no se oponga el silencio que hasta ahora se ha opuesto, porque es desconsideración, es desprecio humillante que nos desalentará para siempre y para todo.

Tres preguntas: ¿En qué principio legal se funda la anomalía de que al ordenanza de limitada o completas pueda acreditarse gratificación nocturna y al oficial no?

¿Cuándo se nos van a compensar los gastos que el giro nos obliga a hacer?

¿Cuándo se van a abonar a estas estaciones las gratificaciones por festivos de septiembre y sucesivos?

¡¡Pero qué retedurísima tenemos la epidermis!!—
Un limitado del Centro de Córdoba.

La fiesta de los Reyes Magos.

Estamos contentos y satisfechos del resultado obtenido en la suscripción abierta por nosotros para regalar juguetes a los hijos de nuestros compañeros fallecidos y que en la actualidad se hallan bajo nuestra protección y amparo. Lo recaudado ha sido superior a nuestros cálculos. Hubo lo suficiente para colmar los deseos infantiles, para que ninguno se quedara sin los juguetes que en carta nos pidieron, y para invertir el sobrante en unos premios de aplicación que proyectamos se distribuyan en los exámenes de final de curso.

La lista completa de lo recaudado, los detalles de la fiesta, las fotografías que se hicieron y nuestras impresiones se publicarán en el siguiente número.

Don Juan Bautista Rávena.

Víctima de penosa y larga enfermedad, en un sanatorio de la corte, y durante difícil y arriesgada operación quirúrgica, ha muerto el conocidísimo telegrafista, fundador y gerente del Banco de Comunicaciones y director de *El Electricista*, don Juan Bautista Rávena.

Reciba el querido colega el testimonio de nuestro pesar.

Se ha consumado lo que sospechábamos.

Al cerrar nuestra edición recibimos noticias de Barcelona de que el fallo del Tribunal de honor que en aquella capital se había reunido, y de cuyo suceso ya dimos cuenta, es condenatorio. Se obliga al jefe de Sección don Félix Norzagaray a jubilarse, como resultado de la acusación que se le imputaba, lo que equivale moralmente a una expulsión. Lamentamos que estas cosas sucedan entre nosotros; pero si es justo, si el deshonor llegaba al Cuerpo de Telégrafos, acataremos la decisión del Tribunal y le aplaudiremos la sentencia. De todos modos, cuanto de este asunto dijimos, escrito y sin rectificación queda.

Ascensos.

A jefes de Sección de primera, D. Bartolomé Julián Jiménez Marín, de la Central, y D. Antonio Moreno Gómez, de Ceuta; a jefes de Sección de segunda, D. Antonio Vázquez Figueroa y Mohedano, de la Escuela, y D. José de Escobar y Acosta, de la Dirección general; a jefes de Sección de tercera, don Emilio Sánchez Pastor y Aguado, de Nerja, D. Pedro Morales Aracil, de la Central, y D. Mariano Arquero Luña, de la Dirección general; a oficiales primeros, D. Santos Viguera Torrellas, de Málaga, don Francisco Hernández García, de Navalmaral de la Mata, D. Alvaro Maldonado Díaz, de Villarrubia de los Ojos, D. Miguel Martínez Carbonell, de Orduña, y D. Enrique Amyach Soriano, de la Central; a oficiales segundos, D. Eduardo Guerrero Escalante Zalbidea, de la Pizarra, D. Pedro Cuñado Salgado, de Guadalajara, D. José Mañero Miguel, de Aranda de Duero, y D. Manuel Sánchez Alvaro, de Barcelona.

.....
Esta Revista se halla de venta en las principales librerías y quioscos de Madrid y Barcelona, donde, además, se admiten suscripciones a la misma.

MOVIMIENTO DE PERSONAL

Por la Dirección general de Telégrafos se han dispuesto los siguientes traslados:

NOMBRE DEL FUNCIONARIO	CLASE	PROCEDENCIA	DESTINO
D. Benito Fernández Amor	Jefe Sección 1. ^a	Pamplona	Palencia.
» Dositeo Castro López	Idem	Negociado 21. ^o , D. G.	Subdirección general.
» Francisco Bercedo Penava	Jefe Sección 2. ^a	Bilbao	Pontevedra.
» José Ruiz Marín	Jefe Sección 3. ^a	Negociado 8. ^o , D. G.	Negociado 20. ^o , D. G.
» Vicente Aguado y Marinoni	Idem	Central	Negociado 8. ^o , D. G.
» Jacinto Gómez de la Flor y Romero	Idem	Azuaga	Córdoba.
» Antonio Coll Nicolau	Oficial 1. ^o		Barcelona.
» Luis Beltrán García	Idem	Negociado 13. ^o , D. G.	Negociado 21. ^o , D. G.
» Mariano Arquero Luna	Idem	Negociado 12. ^o , D. G.	Negociado 14. ^o , D. G.
» José Lázaro Pigrau	Idem	Cañete	Cables de Tenerife.
» Tomás Lacalle y Pérez	Idem	Cañete	Cuenca.
» Manuel Ciria Carrera	Idem	Soria	Calatayud.
» Luis Rodríguez Lázaro	Idem	Ciudad Real	Alcázar.
» Angel Ilarri Irurzum	Idem	Mataporquera	Reinosa.
» Felipe Marín Espinosa	Idem	Reingresado	Aguilas.
» Faustino González García	Idem	Fuentesauco	Bilbao.
» Francisco García Cardeña	Oficial 2. ^o	Alcaudete de la Jara	Central.
» Leoncio Rebollar Díez	Idem	Palencia	Tolosa.
» Esteban Pérez Coello	Idem	Avilés	Lés.
» Eduardo González Goyanes	Idem	Central	Ronda.
» José Bastarreche y Díez	Idem	Negociado 21. ^o , D. G.	Central.
» José María Ortega Briongos	Idem	Central	Negociado 21. ^o , D. G.
» José María Pascual Perucha	Idem	Amposta	Tarragona.
» Fernando Martínez de Velasco	Idem	Falset	Lérida.
» José Antolínez y Armas	Idem	Central	Santander.
» Pedro Ventayol Ques.	Oficial 3. ^o	Huelva	Palma de Mallorca.
» Bernardo Roselló Nadal	Idem		Pollensa.
» Angel Méndez Fernández	Idem		Oviedo.
» José Esteve Cervera	Idem	Huelva	Valencia.
» Mariano Esparraguera Conde	Idem	Bilbao	Alcaudete de la Jara.
» Juan Cruz Ugalde Juaristi	Idem	Alcázar	Bilbao.
» Francisco Salazar Gordillo	Idem	Bilbao	La Gudiña.
» Jesús Galindo Castillo	Idem	Astorga	Central.
» Matías Chiclana Salazar	Idem	Hinojos	Baeza.
» Alberto Cano López	Idem	Bilbao	Pamplona.
» Felipe Machado Méndez	Idem	Tenerife	Cables de Tenerife.
» Vicente Llorca Martínez	Idem	Alicante	Gerona.
» Miguel Biedma Navarro	Idem	Reingresado	Málaga.
» Julio Serrano y del Reino	Idem	Idem	Córdoba.
» Hipólito Gil Balbás	Idem	Idem	Melilla.
» Pedro Romero Perdignes	Idem	Idem	Cable de Cádiz.
» José Ortega Moreno	Idem	Málaga	Valencia.
» Isidro Martín Oviedo	Idem	La Carlota	Barcelona.
» Francisco Martínez Soler	Idem	Cartagena	Melilla.
» José Martínez Pérez	Idem	Jaca	Barbastro.
» Antonio Jaume y G. de Paredes	Idem	Palma de Mallorca	Barcelona.
» Rafael de la Fuente Lara	Idem	Central	Melilla.
» José María Ferrer Casdemont	Idem	Campo	Barbastro.
» Pedro Cereijo Cepeda	Idem	Bilbao	Alcaudete de la Jara.
» Lucas Clar Fullana	Idem	Barcelona	Palma de Mallorca.
» Emilio Eizmendi y Martínez	Idem	Valmojado	Murcia.
» Emiliano Esteban Blanco	Idem	San Sebastián	Cádiz.
» Jesús Gómez Garrido	Idem	Murcia	Valmojado.
» Ricardo García Vidal	Idem	Barcelona	Tardienta.
» Alejandro Maicas Muñoz	Idem	Cádiz	San Sebastián.